Repertorio Americano

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

Tomo XL | San José, Costa Rica | 1943 | Sábado 11 de Setbre. | No. 16

Año XXIV — No. ~~962~~ 968

Contenido:

Rubén Darío

Por **José Angel Rodríguez.**

(En el *Rep. Amer.*)

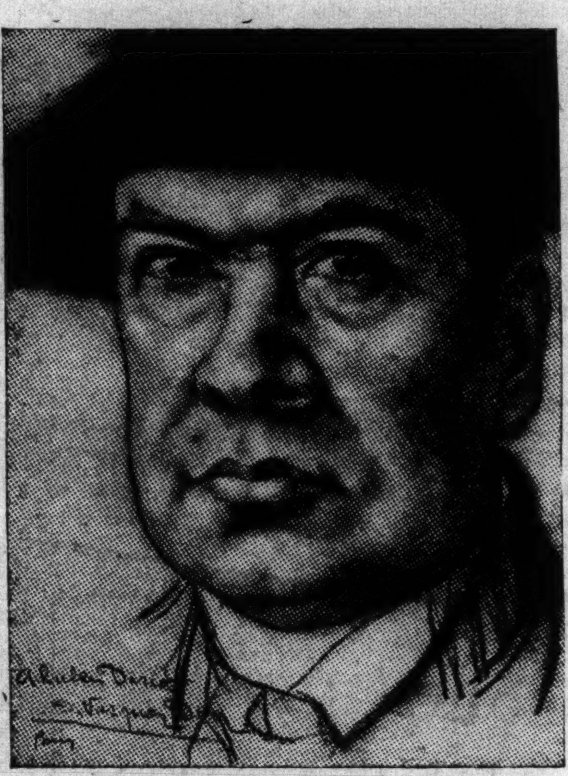
(Al Dr. *Salvador Mendieta* y a los profesores don *Joaquín García Monge* y don *Edelberto Torres*, cuyas vidas austeras y ejemplares son condignas de la devoción espiritual que profesan a nuestro insigne e insuperable poeta).

Entre los más destacados poetas de habla española, figura nuestro insigne Rubén Darío. Tuvo desde niño como nota típica superlativa el maravilloso dón poético; vale decir, la vocación innata de expresar en versos su pensamiento señero, fecundo y renovador, su espíritu inquieto, sus ansias estéticas evolutivas al par que revolucionarias, sus amores fugitivos, impresionables o volcánicos, hasta fijar universalmente con desembarazo, con seguridad, con maestría impar el renacimiento modernista iniciado en Nicaragua, parcela de nuestra patria mayor América Central.

Amén de genial, fue un espíritu eminentemente libre. Con fé de carbonario se debatió a través de sus 48 años de vida por darle tono seguro, libre, nuevo y superador a su expresión poética. Rubén Doria tuvo un temperamento complejo, ávido, sensual, impresionista; y por ende fue poeta patético, lírico, musical que ensayó, renovó o creó metros y ritmos poéticos castizos o novísimos con una gracia y facundia propias de un don Luis de Góngora y Argote, a quien tanto admiró y evocó.

De mano maestra ha sido enjuiciado por nuestros mejores ingenios americanos: José Enrique Rodó, en su erudito y donoso ensayo crítico que data de 1899, donde destacó en forma lapidaria la personalidad del autor de *Azul*, *Los Raros* y *Prosas Profanas* y definió el significado estético y los alcances literarios del movimiento modernista: Alberto Ghiraldo, el preclaro argentino, el gran americanista, el devoto y filial admirador del vate maravilloso, hizo su recuento poético-biográfico en forma tan sincera, vibrante y completa que cuenta entre los más certeros y ponderados exámenes valorativos: y Ventura García Calderón, eximio escritor peruano, que al sentir de algunos escribió el más gráfico y profundo estudio crítico, al estilo de los de Saint-Víctor, de cuantos se han publicado sobre nuestro inmortal aeda. En este nuestro adorado idioma español, el crítico peruano bocetó un retrato literario de Darío, prodigioso, viviente, sugeridor, intuitivo, en suma, de belleza sintética y fascinadora. Y gracias a su ágil, amplio y penetrante juicio crítico y a su espíritu americano tan infatigable, cordial y maduro nos dió un Darío a lo Rodin.

Poeta modernista al par que clásico, Darío amó "las sonoridades difíciles, el verso escultórico, vibrante como la porcelana, volador como una ave, ardiente y arrollador como una lengua de lava", cual los había preconizado y escrito Martí, el apóstol y libertador cubano. Empero, también como prosista fue un raro y genial artista que al igual de Martí, dió a la prosa castellana una elegancia, una plenitud admirables, una alacridad impar, un fuego lírico y una inspiración varonil, estremecida y abrasada como de arco voltaico. Sus *Raros* están escritos con esa su prosa vertiginosa, personalísima, atrayente y tremante, donde vertió sus caudales íntimos y sus vastos conocimientos de creador y de crítico de letras españolas y extranjeras. Prosista original e indiscutible, poeta y crítico a la vez, en sus *Raros* Darío aconsonantó los dones de su doble vocación intelectual, e hizo o realizó periodismo a lo grande, con desinterés personal, con absoluta honradez, con verbo que contiene su genio ciclópeo y que barrunta su mentalidad agilísima y un clarividente justiprecio de los personajes que le sirvieron de musa inspiradora, o que le dieron oportunidad de elucidar polémicamente su inconformidad, su actitud revolucionaria y su destino poético de reformador de la lírica española.



Rubén Darío
Retrato de *D. Vásquez Díaz*

Desentendiéndose de la forma culterana o conceptista, tan en boga en la poesía del siglo XVIII y contrariando el énfasis retórico, el verbalismo estéril y el prosaísmo inope al uso durante la pasada centuria, Rubén Darío se manumitió del manerismo caduco y se consagró al imperecedero menester de pautar y acordar y darle cima al movimiento de liberación en el arte poético hispánico, infundiéndole un ritmo característico, contemporáneo y transformador. Por eso su obra literaria, su influjo espiritual, su maestría y su autoridad evidente e incomparable traduce y significa en el orden poético el imperativo moral, cívico y patriótico de los Libertadores; es decir, de cuantos lucharon en nuestra América por redimirla de su endemia colonial: por acelerar su evolución política y por estilizar sus destinos históricos en arte, ciencia y derecho, recobrando en su libertad continental, su alma genuina y su propio pensamiento, alto, señero, creador y universal.

En su quijotesco empeño literario y en sus intrincados y hondos avatares de poeta prodigioso, no vaciló ni retrocedió ante la mulatez ambiente, ni ante la crítica ajena o contraria, ensimismada, dogmática y cruel: ni ante los mediocres y obcecados mantenedores de la rutina y de la reacción, cuyas diatribas atrajo nuestro poeta, uno de los mejores de habla española, en forma tal que el gran don Antonio Machado, preciándose de militar en la minoría selecta que admiró la novedad y la gracia que unge y recrea la poesía del lírico nicaragüense, al evocarlas lapidó a sus autores, al par que lanzó un juicio valorativo de quien vivió y murió poéticamente. "Por aquellos años, Rubén Darío, combatido hasta el escarnio por la crítica al uso, era el ídolo de una selecta minoría. Yo también admiraba al autor de *Prosas Profanas*, al maestro incomparable de la forma y de la sensación, que más tarde nos reveló la hondura de su alma en *Cantos de vida y esperanza*". Tal dijo el poeta andaluz de su cofrade, maestro y amigo americano, cuyo pensamiento esclarecido y vidente y cuya poesía engendradora diéronse libres, enteros y efusivos al servicio y creación de una obra lírica esencial en lengua española, que según Xavier Villaurrutia: "Constituye una revolución y la muestra sólida de una inconformidad".

Hombre y artista americano, impuso su propia originalidad literaria, su genio extraordinario que le deparó un conocimiento y un uso apropiado y exquisito del lenguaje, de los ritmos, del valor fónico y del relieve de las palabras;

en suma, su concepto novísimo de la libertad del arte o acracia literaria y del artista auténtico. Seguro de su valor intelectual, de su destino poético y de su obra realizada, exclamó con orgullo de sembrador divino: "El movimiento de libertad que me tocó iniciar en América se propagó hasta España, y tanto aquí como allá el triunfo está logrado". Logro intelectual tan pleno, tan rotundo y tan extenso, que Rubén Darío es, en América, España y el mundo literario, un poeta intenso, puro, representativo producto y símbolo de su época y gloria inmarcesible de nuestra estirpe, digno de parangonarse con genios de renombre universal como Juan Ruiz, Cervantes, Garcilaso, Lope, Góngora, Calderón, San Juan, Fray Luis, Quevedo, Santa Teresa, Dante, Hugo, Shakespeare, Goethe, etc.

Antonio Machado, poeta genuino, pero distinto, "misterioso y silencioso", según Darío, conscientemente supo intuir y revalorizar en éste su obra intelectual, acabada y perfecta, que lo sitúa en su madurez, en su sinceridad meridiana y en el cenit de su personalidad, transida de alada, eterna y angustiada espiritualidad. El poeta de Soria, sobrio y castizo, espigó de sus trigales líricos, los siguientes flamantes versos:

Este noble poeta, que ha escuchado
los ecos de la tarde y los violines
del otoño en Verlaine, y que ha cortado
las rosas de Ronsard en los jardines
de Francia, hoy, peregrino
de Ultramar de Sol, nos trae el oro
de su verbo divino.
¡Salterios de loor vibran en coro!

La nave bien guarnida,
con fuerte casco y acerada prora,
de viento y luz la blanca vela henchida,
surca, pronta a arribar, la mar sonora.
Y yo le grito: ¡Salve! a la bandera
flamígera que tiene
esta hermosa galera,
que de una nueva España a España viene.

El caso de Darío, español universal nacido en América, debatiéndose contra el estancamiento y el convencionalismo literarios en pro de la independencia intelectual y del internacionalismo poético e ideológico de nuestro mundo hispano-luso-americano, es harto optimista y revelador. Significa que es menester que hagamos de nuestra hermandad racial un ático, culto y libérrimo universo: un haz de voluntades que sea sutil, entrañable, dinámico y fecundo para el arte y para la libertad invencible.

Y si en nuestra América, celosa siempre de su libertad política y espiritual, de su cultura avancista y de su tradición liberal, se consolidó el triunfo revolucionario de la conciencia, del libre albedrío, del pensamiento medular propio y de la expresión artística honda y sentida, que son ciencias genéricas de índole universal y eterna, aunque en perpetuo devenir, frente al absolutismo teocrático y cesarista del mundo antiguo que preconizó la esclavitud de tales atributos del alma, con la práctica de lemas cual el famoso del rector de la universidad de Cervera, que reza así: "Lejos de nosotros la funesta manía de pensar", ¿cómo es posible imputarle a Darío, poeta representativo de un continente libre, vaticinios poéticos regresivos? Y son, no sólo peninsulares fernandistas, sino también americanos en quienes pervive la mentecatez del imperio cesarista, de la vuelta al pasado ominoso, los que agravian la excelsa memoria del poeta que realizó su magno destino poético, proyectándose más allá de la muerte: más allá del tiempo; e incorporándose en la inmortalidad de los justos, de los buenos, de los libres, hasta transfigurarse—al desasirse de la materia—en hombre universal.

Los falangistas de allende y aquende el mar, que en provecho propio o de sus amos, enarbolan a Darío como un pregón franquista, son bufones haciéndole el juego o el avasallamiento totalitario a las juventudes opresas y desorientadas de nuestro tiempo.

En esta hora de cataclismo y de fuerza conspuyente, es cuando más validez cobran los versos de Darío; porque son efusión trascendente de un espíritu libre, triunfante por su virtualidad inmanente y creadora. Quien en *Salutación del optimista*, vertió estos versos magníficos:

Quién será el pusilánime que al vigor español
[niegue músculos
y que al alma española júzgase áptera y ciega y
[tullida?,

¿cómo puede ser invocado por los nuevos colonizadores a la zaga de un mundo residuario, definitivamente muerto, mal avenido con su sino de viador lírico modernista, encimándole un sambenito deprimente y anodino: el de artista gregario y de hombre amordazado?

Quien agitó la antorcha de la libertad de expresión literaria neomúndica, con el aplauso de los peninsulares cultos, vinculados en un común ideal de renovación: ¿cómo es posible que sea tiznado con las sombras del medioevo?

Quien se definió con estas sus palabras liminares: "Y la primera ley, creador: crear. Bufe el eunuco. Cuando una musa te dé un hijo, queden las otras ocho encinta"; ¿podría, acaso ser interpretado en contraposición a su propio pensamiento estético, a su gesta de poeta renovador, para ver de ubicarlo arbitrariamente en un mundo antitético, el de los regímenes totalitarios, incompatible y reñido con su temperamento artístico?

Quien a fuer de poeta prometeico, predijo en su efusión lírica que América es una y uno es su destino: que ha entrado en la Historia hecha símbolo de Democracia y Libertad, según lo barrunta en sus versos deleitantes y significativos que dicen:

Gloria a América prepotente.
Su alto destino se siente
por la continental balanza
que tiene por fiel el istmo:
los dos platos del continente
ponen su caudal de esperanza
ante el gran Dios sobre el abismo.
Y por quien sino por tu gloria,
oh, Libertad, *tanto prodigio?*
Aguila, Sol y Gorro Frigio
llevan la Americana historia,

¿podría, acaso, traicionar su verdad poemática, su ideología redentora, su espíritu sensible y permeable a todas las tragedias, su eterna y genuina esencia de americano, español y hombre universal, adivinando y confabulándose de antemano con la monstruosa e inexorable grey totalitaria e imperialista?

¿Para qué escribió Darío *Los Cañones del Marne* si nó para exaltar el sacrificio y el heroísmo de los libertadores, e inmortalizar para el oprobio a los invasores? ¿Para qué dijo "Ser sincero es ser potente", sino para destacar y encarecer su norma esencial y conjurar cualquier confusión?

Su confesión precisa, justa, imperecedera que reza: "Como hombre, he vivido en lo cotidiano; como poeta, *no he claudicado nunca*, pues siempre he tendido a la eternidad", ¿revaloriza o nó su vida, su obra y su nombre como símbolo, intérprete y tornavoz poético del arte hispánico universal?: ¿revela o nó al altísimo poeta que fecundó el yermo de nuestra literatura, tornándola en función creadora y revolucionaria, "siempre bajo el divino imperio de la música-música de las ideas, música del verbo"?; ¿enaltece o nó al maestro portentoso y esperable, que supo producirse, prodigarse y expresarse en forma lírica intensa, flexible, sorprendente y condigna de su elevada alcurnia intelectual y de su destino original, removido y agitado por las tragedias y azares humanos?

A propósito de Martí, precursor modernista y de sus maravillosos *Versos libres*, escribió Darío: "Renovación: ahí está la bella palabra. ¿Y vivir no es renovarse"?: "Versos libres, es decir, los versos blancos castellanos, sin consonancia, que generalmente se han prestado a bizarrías clásicas, en los Moratines, en los Núñez de Arce, o en los Menéndez Pelayo—para hablar de los mayores—y versos libres, es decir, versos de un hombre de libertad, *versos del cubano que ha luchado, que ha vivido, que ha pensado, que debía morir por la libertad*".

Así habló Darío del poeta, apóstol y libertador cubano, en quien el sentimiento y la devoción artísticos, patrióticos y literarios fueron siempre ideas absolutas y obsesoras.

Por eso, precisamente, tanto Martí como Darío están entre las primeras figuras intelectuales de nuestra patrística americana. Cada día reaparecen sus nombres y sus pensamientos escrutadores y vigilantes, ante las juventudes vanguardistas hispano-americanas, como un compromiso, alerta y vivificante: como una advertencia que preserva de la vejez, de la picardía, de la violencia y de la barbarie... Y cuando sus mejores versos, su sentir y pensar nos enciendan el espíritu y el corazón: cuando sus genios inmortales nos infundan una ideología política pura, científica, revolucionaria, popular, liberal y genuinamente democrática, entonces al soplo genésico del verso apremiante y admonitivo que dice:

...Unanse, brillen, secúndense tantos vigores dis-
[persos;
formen todos un solo haz de energía ecuméni-
[ca...,

haremos de nuestro hemisferio "el continente de la esperanza humana"...

Leer y meditar la vida y la obra intelectual de nuestros insignes varones americanos; dialogar con sus voces líricas, dramáticas, críticas, epistolares u oratorias, siempre bellas y proféticas, será convivir con sus sombras magistrales y con sus pensamientos hondos, sobresalientes y castizos. Así se sabrá, a la luz del arte, de la literatura, de la filosofía, de la mística patriótica, de la psicología y de la ideología política o social, por ejemplo, que Bolívar, Martí y Darío encarnan y cristalizan el genio en América, en la multiplicidad de sus dones y facultades; sin que entre ellos se destaque oposición, quebranto ni discrepancia. Martí y Bolívar fueron hombres en el sentido donquijotesco, al par que realista de la palabra: literatos de cepa, artistas extraordinarios, estadistas y libertadores que, adjudicándose una misión predestinada y redentora, la cumplieron con desprendimiento ejemplar, con voluntad inflexible, decisiva y corajuda, con energía constante e indeclinable, condicionada tan sólo por sus destinos históricos paralelos. Darío fue el poeta peregrino, sutil, inspirado, inconfundible y profundamente psicólogo de nuestra América; cuya grandeza está fuera de tasa.

De donde resulta, que valerse de Darío como de "trampolín poético" al uso reaccionario, para preconizar una política de reconquista, es decir, de vuelta a la colonia y al anquilosamiento intelectual, es inferirle agravio a su memoria excelsa, de americano sin sello ni librea y de español universal.

Bolívar, español por la sangre, la cultura, el idioma, la pasión y el genio, representa con Martí—hijo de padre valenciano y de madre canaria—la liberación continental e insular americana dentro de una igualitaria, fraterna y bien entendida hispanidad, incompatible con sus regímenes de fuerza bruta y con sus turiferarios con almas de inquisidores, equívocos, truculentos, desvariantes o alucinados.

Darío, al resucitar "la alta virtud hispana", recuperándola o recreándola con su asombrosa capacidad de expresión en prosa y verso, representó también una afirmación americana, honda, grave, históricamente sensacional y trascendente, entrañable, genial y liberadora del espíritu y del intelecto. Darío revolucionó la literatura indoamericana y española, infundiéndole nueva inspiración con vocación artística rayana en religiosidad perfecta, suprasensible e inatajable, aunque atenazado por la crítica de los aristarcos; cual Bolívar y Martí, a distancia, asumieron la tarea, la responsabilidad y la gloria de consumar la emancipación política de nuestro continente, doblegado entonces por el rulo de una monarquía absolutista.

"Y si encontráis versos a un Presidente, es porque son un clamor continental", exclama el propio Darío refiriéndose a su oda *A Roosevelt*, y a su optimismo robustísimo en pro de la integración, crecimiento y defensa de nuestra América. El autor iluminado y vidente de tan lírica y patriótica protesta, ¿cómo puede ser objeto de interpretaciones antojadizas, considerándolo profeta de una "hispanidad franquista"? La inspiración-creadora, la simpatía fundente y comunicativa y las modalidades ideológicas implicadas en los poemas cardinales de Darío son abiertamente contrarias al régimen y a las doctrinas totalitarias que hoy imperan en España, hogaño como antaño invertebrada y yacente en plena 'Edad Media", gracias a Franco y demás frenéticos cainitas partidarios y defensores del cesarismo naci-facista.

Don Juan Larrea, español peregrino, científico, hasta que le sorprendió la muerte. Si queentendimiento, al servicio de la democracia mundial que se revoluciona y realiza, progresiva y gradualmente, al propio tiempo que se defiende, en un lapidario escrito alusivo, que tituló, así: *Rubén Darío contra Bolívar?*, dijo: "Rubén Darío exalta el triunfo de las esencias hispánicas dentro de un régimen universal de libertad en el que *resucite la virtud española*, eminentemente popular, que extendió su influencia por el mundo y *no convertida como ahora en un feudo-romano germánico, en un campo de sangre y de traición esquilmado que no cultivado por la barbarie*".

Y refiriéndose el propio escritor al verso medular, *Salutación al Aguila*, agrega y se pregunta: "Se halla aquí incluso o nó el continentalismo construído con mejor o peor fortuna sobre los pensamientos que esforzaron a Bolívar? Et pluribus in unum.—*La Libre unión continental dentro del espíritu democrático.*—Más aún, ¿Podría ser el gran poeta de Hispanoamérica quien se hallara en discrepancia fundamental, como quiere el Presidente de la Academia Española—(alude a José María Pemán)—, con el espíritu americano del Libertador? ¿Puede concebirse siquiera la posibilidad de que Rubén Darío sea el traidor que suscite y enmascare la perfidia de una quinta columna llamada a desbaratar las más genuinas tradiciones americanas, tanto las del Sur como las del Norte? Al hacer tal agravio a la poesía muestra Pemán lo poco que de verdadero poeta tiene".

Larrea prosigue su interrogatorio polémico, así: "Rubén Darío contra Bolívar? No. Pemán contra Bolívar, el señorito andaluz contra el genio esañol nacido a la luz del nuevo continente y animado por sus vastos y profundos designios; el policía contra la personificación de la Libertad; la "Edad Media continuada" contra el mundo nuevo que intuía auroralmente Rubén al tiempo que anunciaba el final de las sombras que caracterizan al antiguo".

Bolívar, Martí y Darío son, sin duda, el meridiano intelectual, cívico y político de nuestra América. El poder de su idealismo asequible aunque andantesco: su lealtad mental y moral, segura e infatigable siempre: su resistencia física y anímica contra el conformismo, la calumnia, la traición, el separaatismo y la mediocridad que doquiera los acosó: y su asimiento y apego a nuestra americanidad, a sus realidades e intereses supremos, constituyen un principio redentor, aglutinante y una lección de heroísmo, sacrificio y desinterés que, de seguirse con sinceridad nos depararía si nó el advenimiento de la República Federal Indoamericana, por lo menos la valorización de una cultura propia y la búsqueda de una juricidad republicana, orgánica, activa, continental, capaz de frenar al regresismo histórico, de proscribir la tiranía con su secuela de violencias y corruptelas, de imponerse a los encapuchados de dentro y fuera y de instaurar la libertad política, la justicia social, la paz y el respeto internacionales.

Nuestra opción cívica, intelectual y patriótica será: o con Bolívar, Martí y Darío, que evocan y simbolizan una patria libre, grande y culta: o contra ellos. La elección no es dudosa; porque no es posible renegar de sus nombres guiadores, sin socavar el régimen republicano que ellos preconizan y amaron con espíritu romántico, con fino, apasionado e inimitable idealismo.

¡Genios radiantes y tutelares de nuestra América: apóstoles-poetas: ciudadanos ilustres: vuestros recuerdos, enseñanzas y ejemplos perdurarán como orientaciones esenciales y como fuentes de inagotable inspiración artística y heroica!

¡América, nunca querrá ni podrá olvidar ni desoir a su Libertador, a su Apóstol, ni a su Poeta!

Estelí, Nicaragua,
4 de marzo de 1942.

Ehrenburg, primer soldado antifascista

Por **Juan Rejano.**

(De *El Nacional*. México, D. F., 12-VI-43).

Creo que fue hacia 1929 cuando aparecieron en Madrid los primeros libros de Ilya Ehrenburg traducidos al español. Fué en ese tiempo cuando yo entré en contacto por primera vez con el pensamiento de este apasionado y andariego escritor. A algunos de sus lectores nos sorprendió la preocupación de Ehrenburg por los problemas del mundo occidental. Los escritores de la Rusia soviética tenían entonces abundantes y complejos problemas dentro de su país, como para no fijar la atención en los del exterior.

Todavía estaba sobre el tapete la polémica entre las dos concepciones del arte proletario y el arte realista tradicional, tan característico entre los rusos. Y, sobre ello, estaba el propio y descomunal fenómeno de la vida soviética, con sus múltiples y novísimas ramificaciones, que absorbía toda la capacidad de estudio y observación del artista y el hombre de letras.

—

Algunos literatos, como Constantino Fedin, por ejemplo, habían, más tarde, de volver los ojos a Europa, sobre todo para captar el fino tejido de las relaciones de la nueva Rusia con el resto del viejo continente. Mas ninguno se adelantó a Ehrenburg. Su larga estancia en París despertó, tal vez, en él, esta devoción, esta curiosidad. Y también su conciencia de antifascista. Rusia, su patria, lo veía llegar, de vez en cuando, para participar en congresos y reuniones: para seguir de cerca la construcción socialista, que ya tenía en él un encendido partidario. Pero una y otra vez regresaba a la capital de Francia, en donde parecía acechar el desarrollo de un monstruo que todavía vivía en la infancia. De allí nos vinieron aquellos libros fulgurantes que se llamaban *La callejuela de Moscú*, *Julio Jurenito y sus discípulos* y, más tarde, las páginas cargadas de aire de batalla, aunque llenas de belleza, de *Citroen 10 H. P.* y de *Fábrica de sueños*. Todavía no se había calado Ehrenburg, del todo, el morrión de soldado antifascista, aunque ya sonaban sus primeros tiros contra la bestia en el aire de Europa. Poco había de faltar, sin embargo, para que lo viéramos arengar, como un caudillo, a los hombres, con la cuchilla de su palabra.

Fue poco después de proclamada la República en España cuando volví a tropezar con el pensamiento de Ehrenburg. A través de un libro discutidísimo: *España, república de trabajadores*. El autor de *El amor de Juana Ney* llegó a España unos meses después de haberse derrocado la monarquía. Entró sin que apenas lo supiera nadie. Bajó a los campos y a las aldeas andaluces, remontó la maseta castellana, vivió en la agitada colmena de Madrid. Después compuso su libro, que a la mayoría de los españoles cogió de improviso. Era ejemplar entonces ver a un escritor extranjero compenetrarse con las más difíciles realidades de nuestro país y tratar de llegar hasta su entraña. Ahora es doloroso comprender que muchos de los errores que Ehrenburg ensartó con la aguja de su ironía debieron habernos abierto los ojos antes de que se convirtieran en un trágico mal. En medio del ensayo democrático que en España se llevaba a cabo entonces, Ehrenburg descubrió las garras todavía ocultas del fascismo. Nuestro viejo y valeroso amigo no ha perdonado nunca a este feroz animal. Cada disparo suyo, aunque a ciertas gentes les sonara a destiempo, tenía su razón de ser.

La tercera vez que encontré a Ehrenburg fué en la guerra de España. Pero entonces no di sólo con el escritor, sino con el hombre. Ehrenburg asistió a los españoles desde los primeros momentos de su lucha. Contempló la estampa romántica y heroica de los primeros milicianos. Subió a las sierras, donde apenas había otra cosa que pechos generosos. Vió el sitio de Madrid, la caída de Málaga, la toma de Teruel. Conoció muchas de nuestras más enconadas cuestiones. Casi hasta el último instante de la lucha, estuvo dentro del territorio de la República. Y sus crónicas y sus impresiones, que se reproducían en muchos periódicos y en muchas lenguas de la tierra, sirvieron ardientemente nuestra causa y nos ayudaron a comprender muchos problemas. Ellas habrían de ser, más tarde, la matriz de ese magnífico libro que se llama *¿Qué más querías?*, donde se pinta con fuertes rasgos la tragedia española.

Ehrenburg ha escrito en una ocasión: El escritor debe saber escribir no sólo para los siglos; también para un breve segundo, si el destino de su pueblo va a decidirse en ese segundo. El futuro estará lleno de desprecio para aquellos que guardaron silencio". El escritor de *Citroen* ha trabajado para ese segundo del pueblo ruso, pero además para el segundo decisivo de todos los pueblos. Por eso debe ser doble nuestro reconocimiento. Sus mejores páginas están consagradas al combate popular contra el fascismo, a desenmascarar al fascismo en todos los lugares, a defender los valores esenciales de independencia y libertad de cada país. Nadie como Ehrenburg conoce más vivamente la naturaleza sanguinaria del fascismo. Ni nadie ha caído sobre ella con más permanente furor. El Presidente Kalinin ha dicho:

"Ilya Ehrenburg está enzarzado en un combate cuerpo a cuerpo con los hitlerianos. Su ataque es brioso; golpea a los alemanes con lo primero que halla a la mano; les dispara con su fusil y, cuando se acaban las municiones, les pega con la culata, hiriendo donde quiera que puede. Y éste es hoy el principal mérito del escritor". Parece como si el viejo dirigente ruso hubiese adivinado lo que más tarde escribiría Pablo Neruda al frente de las crónicas de Ehrenburg: "Yo me muero de cólera viendo al jovencito azteca, viendo al jovencito cubano o argentino endilgarnos su retahila sobre Kafka, sobre Rilke y sobre Lawrence mientras en la tierra malherida la cabeza plateada de Ehrenburg se agacha, iluminada por la inteligencia, azotada por el odio, para legarnos estas montañas de padecimientos humanos y estos caminos presentes y futuros". La cabeza de Ehrenburg no ha reposado un segundo, no ha dado tregua al enemigo un solo día. Después de la caída de España, le sorprendió en Francia el pacto germano-soviético. Pudo ver la entrada de los alemanes en París. Pudo contemplar de cerca a sus viejos antagonistas; recoger las dramáticas observaciones que habían de colmar su riquísimo acervo. Poco después, en 1941, publicaba su gran libro *La caída de París*, que le supuso el premio Stalin, la más alta consagración soviética para un escritor.

Y, de nuevo, a la pelea. Desde el primer día en que Rusia tuvo que enfrentarse a la agresión nazi, Ehrenburg ha reflejado en sus escritos, sin perder jornada, el curso y los incidentes de la enorme contienda. Pero, sobre todo, ha sabido hacer de su pluma un arma temible en la defensa de su patria. Un franco-tirador soviético, que ha abatido ya más de un centenar de nazis, escribió un día a Ehrenburg participándole que, puesto que "sus artículos le ayudaron a matar a esos fascistas", había anotado a la cuenta del escritor unos setenta de ellos. Ehrenburg declaró inmediatamente: "Nunca, en mi vida, recibí mejor regalo". En México. *La lucha de la Juventud*, revista del movimiento juvenil antifascista de Latinoamérica, acaba de publicar los escritos de guerra de Ehrenburg en un valioso volumen. Este libro constituye el más expresivo testimonio de los fragorosos episodios del frente oriental, de la vida soviética durante la guerra, del heroísmo y de la grandeza del pueblo ruso, de la crueldad irracional de los ejércitos de Hitler. Neruda dice con razón en el prólogo: "Este reportaje de Ehrenburg estas páginas, describen un infierno que Alighieri hubiera grabado con su misma pasión, y el viento del odio hubiera hecho volar la espaciosa espuma de sus tercetos para llegar a esta prosa acribillada, en que la muerte y la esperanza suben como savias gemelas desde la tierra hasta las hojas sangrientas". El libro va, además, ilustrado por artistas como Leopoldo Méndez, Miguel Prieto, José Renau, Hannes Meyer y otros pintores y dibujantes nacionales y extranjeros. Cada página de "Muerte al invasor" —que es el título del volumen— supone una fría y descarnada acusación contra el hitlerismo, un espejo del valor y la abnegación del pueblo ruso. Y supone, también, la mejor prueba de la tenacidad heroica de Ilya Ehrenburg, que a sus cincuenta y dos años de edad permanece en su puesto de combate, firme, imperturbable, atacando constantemente al enemigo y señalando a la juventud el camino del deber.



Ilya Erenburg

—

Sala de retratos

Jesús Zavala

(*Envío del Autor*. México, D. F., agosto 1943)

Jesús Zavala es feo. Moreno y feo. Parece la cara de un indio inmovilizado en una estatua. Si le viéramos vestido a la usanza antigua y fuera de mayor estatura, se le podría tomar por uno de los Indios Verdes redivivos.

Es, pues, pequeño de cuerpo. Anda un poco a lo marinero; como si estuviera sorteando, sobre cubierta, los vaivenes de su barco. Viste de modo desaliñado sin dejar de tener un no se qué de distinción. Elegancia que le viene de la sencillez india que hereda. Habla con voz apagada, ni presta ni lenta.

Nos conocimos recién llegados a este polvoso Valle. El venía de San Luis y yo de Yucatán. el traía, entre las manos, no sé cuántas cuartillas emborronadas de lindos versos, mitad románticos y mitad modernistas. Había una tercera mitad de versos clásicos. Las sombras de Darío y de Othón se proyectaban sobre ellos sin que se borrara del todo la dulce y sobria emoción que emanaba el alma del recién llegado. Yo traía más esperanzas que recuerdos. Llegué a México con la facha de un exilado: alpargatas catalanas y boina vasca. Desde aquel entonces fuimos amigos, muy amigos. En los días ya lejanos de nuestra casi penúltima juventud nos reuníamos con frecuencia, junto a otros escritores de aquel entonces. Este que tiene la más compleja idea de lo que deben ser las noches del sábado, se llama José de J. Núñez y Domínguez. Era el hermano mayor. Y como mayor nos regañaba cada vez que quería y el humor se lo aconsejaba. Este otro atrabiliario que gustaba decir tremendas blasfemias en la soledad de las calles nocturnas, es Martín Gómez Palacio. Este otro que lo mismo escribe, pinta, toca o esculpe, es Rafael de Vera y Córdova Carballo y Portugal.

—

En días de descanso—que por cierto no eran los más del año—nos veíamos, por las noches, en el "Café Inglés", ya desaparecido. Allí se trenzaban las más sabrosas charlas. Toreros, cómicos y pelotaris, en abigarrada reunión, alternaban con escritores, poetas y periodistas de toda catadura. Por algún tiempo se añadían a la reunión algunas de las gentes que hoy andan desperdigadas por este o por el otro mundo. Aquí está Armando Morales Puente—maestro en narraciones vernáculas. Allí el tremendo Eduardo Macedo y Arbeu. Allá el viejo Bernáldez. Más cerca, mezcla de bohemio y mosquetero, el corbatón Menéndez.

Este Jesús Zavala es un hombre original. Su vida responde a su esfuerzo. No ha pertenecido nunca a camarillas ni a cenáculos. Su cultura, bien digerida y mejor dirigida, corresponde a su tiempo y a las aspiraciones de su sensibilidad. Cuando está de vena, como quien no quiere la cosa, espeta una conferencia sobre los orígenes del modernismo, sobre la naturaleza social del romanticismo o sobre la transformación del naturalismo francés. Su poesía la ha regado por revistas y diarios. Es ya justo que la reúna y, seleccionada, la ofrezca al público para solaz de propios y extraños. Tiene su poesía un acento de melancolía muy propio de la provincia, y un dejo filosófico, reflejo de los desengaños que la vida arrastra. Una rara templanza los informa y enaltece. A veces la técnica de González Martínez se detiene sobre las líneas de sus versos, impregnándolos de serenidad y de vejez remozada.

No ha sido extraño Zavala a la crítica. Su ponderado espíritu le ha permitido acercarse a la razón de la vida y de sus causas, sin miedo a deformarlas por la pasión ni por el encono. Los partidos literarios no tuercen sus disciplinas. Con esta templanza ha podido producir sesudos trabajos de crítica. Uno de estos se refiere a Rubén Darío. No se trata de un estudio sobre las particularidades del modernismo. Abarca más bien la génesis de la escuela, tanto en lo literario como en lo social. Otro de sus estudios apenas si empieza a ser conocido. Se refiere a la vida y a la obra de Manuel José Othón, su ilustre paisano. En este ensayo Zavala pone a contribución un caudal de noticias allegadas después de pacientes e inteligentes rebuscas. La vida y la obra del gran poeta aparecen en las páginas de Zavala recreadas con entendimiento y savia creadora. Cuando este estudio pueda ser leído completo habrá de ser considerado, ¡nadie lo ponga en duda!, como una de las mejores aportaciones clásicas de la crítica mexicana.

—

Pero ya no es posible seguir escribiendo sobre Zavala. Nos puede sorprender en esta tarea. Le vemos acercarse. Trae un abrigo negro que casi arrastra y que el viento levanta como si fuera ala de murciélago. Camina un poco encorvado. Lleva bajo el brazo no sé cuantos libros y no sé cuantos legajos. Llega a un rincón del "Tupi". Viene fatigado de su última clase en la Prepa. Junto a una mesa le espero. Hoy viene de buen talante. Sin querer caemos en recuerdos. El evoca su San Luis, yo mi Yucatán. De pronto una mujer, junto a nosotros, tercia y nos dice:

—Cuando regresen de la provincia me avisan. Si los hombres fueran tan fieles a sus mujeres como lo son a sus tierras, el mundo caminaría mejor.

Ermilo Abreu Gómez



Jesús Zavala

—

8 poesías de Jesús Zavala

(En el *Rep. Amer.*)

OFERTORIO

A la Ciudad de las Camelias

Porque en tu dulce claridad axhalas
todo el perfume de la primavera
y al infinito azul tiendes las alas;

porque en la entraña de tu sementera
fluye la sangre de tus ilusiones
que asciende por los troncos vocinglera,

y en cada flor, en cada fruto o rama
se concentra la música de un verso,
dispersa en los celajes del diorama;

porque en la suavidad de tu sonrisa
se despliega el carmín de las auroras
y en prisma de cristal tiembla y se irisa;

porque bajo el dosel de tus nogales
se desliza el raudal de tu ternura
reflejando la luz de sus cristales,

y en campos de esmeralda y de zafiro
se yergue la corona pensativa
de tus montañas: ideal suspiro;

porque en tu frente soñadora luce
lirio gentil de singular blancura
que ensueños teje y sencillez trasluce,

y anhelando incrustarse en los arcanos,
las torres insaciables de tus templos
con uncioso ademán alzan las manos,

de mi huerto interior laurel y rosa
corto para el corpiño de tus vírgenes
en cuyos sueños el amor se posa.

VILLA DE "LA PAZ"

De palomas bandada blanquecina
áureas mieses picando en abundancia,
curvan cuellos de nítida elegancia,
esmaltando quebradas de colina.

¡Oh Paz! ¡Oh tierna Paz! En tus veneros
fluyen ríos de plata que atesora
la diamantina aurora
y afanosos extraen los mineros.

Nadie sabe por qué la tierra llora.

Hay un vuelo de luz en los senderos.

IN HOC SIGNO...

A un Mártir

Tranquilamente vas por el sendero
—tranquilamente, silenciosamente—.
En tus ojos de pájaro señero
se arrebujan los oros de tu mente.

En tu noble sayal de carpintero
—cadencioso y azul y transparente—
y so el ala del rústico sombrero,
se reflejan las luces del poniente.

Entre cactus y riscos y breñoles,
conduces tu ganado a la alquería,
sin saber que te acechan los puñales.

Roja y negra. En la cruz del campanario
ondula majestuosa, todavía,
la enseña de tu credo libertario.

MEDIODIA

¿Será o no será? En el lejano
confín del horizonte se columbra
algo que quiere ser. El sol alumbra
y se desprende de la espiga el grano.

La luz se aviva. Se dilata el llano.
De la nube que pasa, en la penumbra,
se ve vagar el corazón. Deslumbra
con su frutos maduros el manzano.

El aire es tibio. La fogata humea.
Brota un canto de ave en cada rama
y la mula de noria cabecea.

Oro de sol y albor de nieve funden
odio y amor en una sola llama,
en la que cielo y campo se confunden.

RAYA LA GOLONDRINA

Raya la golondrina la flor azul del cielo.
Preside con su alegre trinar la primavera
y giran caprichosas las aspas de sus alas
en torno del oscuro balero de su rueca.

Taladra los cerúleos vitrales de las frondas.
Hace un alto en las torres gemelas de los templos
y avanza cautelosa con tenue y blando giro
y en los nevados copos prende su punto negro.

¡Qué manos infantiles con sonrisa abrileña
impulsaron la grácil hélice voladora?
La mañana es jocunda; el verde verde tierno
y todo se penetra de dulzura y aroma.

VAGAR NOCTURNO

El nocturno silencio se diluye
en la diafanidad de mi ternura.
Te llamo y no respondes. Me parece
que el sonoro misterio se ha dormido
en la sombra cuajada de diamantes.
La cristalina esponja de mis sueños
se comprime y desangra gota a gota.
Las palmeras extiéndenme sus manos
y yo oprimo sus manos en mi pecho.
Una estrella me mira dulcemente...
No hay malicia en el rictus tembloroso
de su rostro de impúber colegiala.
A veces me exaspera la importuna
mirada de los árboles perversos,
la estridencia azarosa del silbato
del velador y los fosforescentes
ojos de los coleópteros descalzos.
De repente se escucha el alarido
y el trepidar de un tren que es imposible
saber a dónde va, y que atraviesa
el túnel de la noche, socavando
los filones de oro del misterio.
El espíritu viaja conmovido
en alas de nostálgico cenzontle
y, al sentir la caricia del desmayo,
se despierta gozoso con la rima
de sus sueños de plata, en los rosales
frescos y sonrosados de la aurora.

EL CABALLO Y LA MONTAÑA

A Antonio Castro Leal

Los ópalos en el valle
se funden con la esmeralda.
El cielo es claro y sereno,
sereno cual la montaña.

Abre sus flores el mirto.
Sus flores abre la malva.
Y con su aroma süave
el valle entero embalsaman.

Zumban la mosca y la abeja.
Croan el sapo y la rana.
con los colores del iris
su tela teje la araña.

En el chorro de la fuente
el cristal se deshilacha.
Las mariposas son pétalos
de amapalosa deshojadas.

Ora en los troncos ocultos,
ora saltando en las ramas,
los pajarillos alegres
sus melodías desgranan.

El sol con sus rayos besa
la frente de la montaña,
por cuyos flancos descienden
ríos de oro y de plata.

En la amorosa llanura
de tierno pasto alfombrada,
duerme la siesta el caballo
de mis sueños y esperanzas.

Es noble, dócil, gracioso.
¡Con qué sencillez se enarca!
En su blancura relucen
el ímpetu y la arrogancia.

Mi caballo mientras duerme,
sueña escalar la montaña;
mas le parece imposible,
la ve tan alta, tan alta...

Quiere besar el azul.
Bañarse en la lontananza.
Confundirse con el cielo.
¡Ser la divina montaña!

Al despertar se incorpora
y contempla el panorama.
En su memoria revive
su sueño: flor de albahaca.

Declina el sol y la tarde
se va cubriendo de gasas.
El crepúsculo violeta
se estremece y se desangra.

Con paso firme y seguro,
por la estepa solitaria,
el caballo de mis sueños
se dirige a la montaña.

Al llegar al pie del monte,
con qué donaire lo escala.
No le arredran los abruptos
peñascales ni las lascas.

Al posarse en lo más alto
de la divina montaña,
me confunde con la noche
de diamantes constelada.

Y en un ansia indefinible
de infinito, sueña y calla.
Un milagro se realiza;
de su cuerpo brotan alas.

Por la vía de Santiago,
bajo la luna de plata,
va el alígero Pegaso
de mis sueños y esperanzas.

LA CUBANITA DEL CAFE "MANHATTAN"

Purpúrea rosa de fuego.
Morena, clara morena.
Morena de mis amores.
Espejo de la belleza.

Bajo la noche encantada
de tu oscura cabellera,
en tus ojos resplandece
el fulgor de las estrellas.

Dos diminutos pendientes
exornan tus dos orejas.
En el matiz de tu rostro
la sonrisa se despliega.

Cuando ríes ¡cómo lucen
los dos collares de perlas
de tus dientes marfilinos
del color de la azucena!

La escultura de tu cuerpo
la envidiaran las sirenas.
Al andar ¡con qué donaire
derrochas sal y pimienta!

Eres el fuego del trópico.
El sol fluye por tus venas.
Eres una viva llama.
Y no te doblas ni quiebras.

Cuando al concluir las labores
escurre el reloj de arena,
el alma posa en un pie,
soñando en ti, sandunguera.

Hasta que al fin sin escrúpulos,
sus grandes alas despliega
y va a detener el vuelo,
rendida, frente a una mesa.

del Café donde, gallarda,
armoniosa y hechicera,
como cocuyo en la sombra,
resplandece tu belleza.

Al acercarte descubres
la música de tu tierra.

Eres cubana. Tu acento
jubiloso lo revela.

Cubana mía, cubana,
en vez de café quisiera
que bailaras una rumba.
¡Ea, cubana, comienza!

Comienza y tírame un beso
con toda tu gracia y deja
que se derrita mi alma
en el crisol de tus venas.

Noticia de libros

(Indice y registro de los que nos envían los autores, Centros de Cultura y Casas Editoras).

Dos cuadernos en que hay que fijarse:

Educación para una sociedad sin clases, por James Bryant Conant. Es el núm. 3 de "Puntos de vista", setiembre 1941. Lo edita la Oficina de Cooperación Intelectual. Unión Panamericana, Washington. D. C.

Libraries and Archives of Costa Rica with information on private libraries, bookbinding. bookselling, and printing. Por Arthur E. Groppl, librarian Middle American Research Institute. A section reprinted from *Guide* to libraries and archives in Central America and the West Indies, Panama, Bermuda and British Guiana. New Orleans 1941.

(Atención de la Tulane University of Louisianna).

—o—

Atención de Fermín Peraza Sarausa:

Bibliografía Martiana (1941). Publicaciones de la Biblioteca Municipal de La Habana. (Serie C. Guías Bibliográficas). 1943.

—o—

Homenaje del autor: *Indice Bio-Bibliográfico de Bonifacio Byrne*. Atenas de Cuba. 1943.

Con el autor: Cuba 64. Matanzas. Cuba.

—o—

Un libro curioso, raro: *Dinner is served.* By Luia Forbes, en la British Legation, Lima, Perú. Drawings by Brian Fawcett, 1941.

(A Cookery Book. En inglés y en españoil las recetas. Preciosos los dibujos).

Otras atenciones:

Varios autores (son 7): *Chancay provincia nuestra*. Huacho. Perú. 1942.

Con los autores: Alfredo López Romero. Calle José T. García Nº 277. Huacho. Perú.

En el Indice: Melgas, Cuaresmero, Charmuscas, Barbecho, Cala, Brotes, Trochas.

(*"Con peruanísima emoción por el mar, la pampa, el valle, la loma y la sierra revoloteamos en nuestro ambiente. Del alma popular hemos tomado sus palabras y giros en las horas de holgorio, de rebeldía, de amor y de trabajo"*).

(Envío de Hermógenes Colón Secar. Huaral. Perú).

—o—

Vicente Moreno Mora: *Canción de soledad y pena*. Cuenca, Ecuador. 1942).

("Contagia la melancolía del poeta". "Acaso se diga que hurga demasiado en las tierras sentimentales del corazón". "Este poeta llega, hasta donde llega arrebatado por lo aciago, con el anhélito de la pasión").

—o—

Julio Jiménez Rueda: *Santa Teresa y Sor Juana*. Un paralelo imposible. Discurso de ingreso en la Academia Mexicana correspondiente de la Española, leído el 23 de octubre de 1942, y respuesta del académico de número Genaro Fernández Mac Gregor.

—o—

Pedro Foix: *Vidas agitadas*. Biografía de Pierre Laval, General Prim. Juan Peiro, Panait Istrati, Pancho Villa, Benito Juérez. Dibujos de Marcelino Porta. diciones Ibero Americanas. México, D. F. 1943.

La proyección del delito

(De *El Tiempo*, Bogotá, junio 28 de 1943).

Estamos en un momento de la guerra comparable al minuto en que el jinete se detiene en medio de un río para calcular la distancia que separa a él y a su montura de la anhelada orilla. La parte recorrida de la travesía estaba llena de peligros, la que falta por atravesar también los tiene, pero no son los más ni los de mayor consecuencia. Tal debe ser el razonamiento más natural en la mente de quienes dirigen la guerra en los consejos de la democracia. En los conciliábulos de los totalitarios, si allí se siguen las reglas ordinarias del discurso, es fuerza que reconozcan las flaquezas de su posición. Su jefe preparó la guerra y le dió comienzo victoriosamente basando sus cálculos en la ofensiva, en la sorpresa, en la capacidad de crear el espanto sobre enemigos débiles, y sobre alguno muy fuerte cuyos jefes parecían contemplar la derrota como lo menos grave de las consecuencias en el terrible conflicto. Después han mostrado estos claramente que tal era su estado de espíritu cuando abatieron las armas y las banderas con gesto de resignación ante lo que en su provecho tuvieron por inevitable. La tenacidad de Inglaterra, la invasión de Hitler a Rusia, la agresión de los japoneses en la Oceanía, han privado a Hitler de muchas ventajas. Ya la sorpresa no puede ser usada como elemento ventajoso contra naciones probadas en cuatro años de guerra y en duros lances que les permiten pasar de la defensiva al ataque. La táctica del espanto no puede ser usada indefinidamente. El hombre, por su naturaleza susceptible de asombrarse ante lo inesperado, también por su naturaleza está prevenido contra la segunda tentativa de intimidarle. Además, no son ya naciones débiles e impreparadas las que se enfrentan decididamente a los ejércitos del nazismo.

La invasión a Rusia y el ataque a Pearl Harbour cambiaron el aspecto moral de la guerra y modificaron sustancialmente la situación material de los combatientes. Dos enemigos de fuerza y recursos casi inagotables se ganaron los agresores mediante errores de consecuencia incalculable.

A estas horas el estado mayor nazi, suponiendo como es justo que la razón presida a sus deliberaciones, debe saber que dentro de lo humano la guerra puede prolongarse todavía por algún tiempo, meses o años, pero no es posible ya dudar acerca de los resultados. Se habla de secretos sondeos con la mira de proponer condiciones de paz. La prensa extranjera de mayo dió cuenta de que circulaba la tentativa de parte alemana de ponerle fin a la guerra si dejaban a Alemania dueña de los países conquistados por ella y de la parte de Rusia ocupada en este momento. Personalidades de gran prestigio fueron mencionadas en esta oportunidad, y aun algunas sin prestigio en materias de paz o de guerra como el general Francisco Franco y sus instrumentos.

Es también indicación digna de ser considerada el cuidado de los alemanes en procurarse rehenes para usarlos a su manera en los momentos ingratos de aparente cercanía para los provocadores de la guerra. Franceses de alto nivel moral, españoles de los que tuvieron gran popularidad en la corta vida de la república y estaban asilados en Francia, la familia del general Giraud, agentes consulares de Colombia en la parte últimamente ocupada de Francia y otras personas de menor significado han sido llevadas a Alemania, contra toda noción de respeto a las leyes de la guerra, sin duda con el objeto de ofrecer su liberación en cambio de ventajas cuando llegue la hora, tal vez, según su conocimiento, ya muy cercana, del crujir de dientes.

No es ocioso recordar en esta coyuntura que hace dos años pedían los alemanes que se les dejase conquistar a Rusia y conservar sus conquistas de Europa como benignas condiciones para concederles la vida a las demás naciones beligerantes.

En la conciencia de Hitler y del estado mayor tudesco ha entrado la convicción de que han perdido la guerra. Sin duda pueden prolongarla por algún tiempo, no sin causar tremendos estragos y aumentar para en muchos años la miseria del pueblo alemán y hacer más difícil y profundamente dolorosa la recuperación de los pueblos civilizados. Ninguna reflexión acerca de los males que a la civilización puedan resultarle de la prolongación del conflicto tiene importancia para quienes entraron a la grande aventura con el propósito deliberado y públicamente reconocido de acabar con el cristianismo, base de la existencia moral en los pueblos cultos. Es, sin embargo, de importancia no olvidar esta actitud de los alemanes, porque en 1919, su principal defensa ante los vencedores, y la razón más poderosa de las almas piadosas en busca de clemencia, era el hecho de no haber sido los alemanes quienes habían iniciado voluntariamente el desastroso drama. En la nueva tragedia les será imposible mostrarse como en la anterior, inocentes y libres de todo conato de provocación.

Acaso entre los cargos más graves que han de figurar en el pliego de agravios contra Alemania vencida figurará con prominencia el mal que han hecho y la responsabilidad en que han incurrido por haber prolongado las escenas de matanza, sin más objeto que el ejercicio obstinado del estrago, a sabiendas de que su causa, sin valor desde los comienzos y defendida con barbarie sin par en la historia, continuó siendo objeto de esfuerzos inútiles inhumanos mucho tiempo después de que en concepto de ellos mismos y de la clara luz de la razón, estaba irremediablemente perdida.

B. Sanín Cano.

De hispano-americanismo literario

Por **Carlos García Prada..**

(En el *Rep. Amer.*)

Grande acierto de la Academia Colombiana de la Lengua ha sido la publicación del *EPISTOLARIO de don Miguel Antonio Caro. Correspondencia con don Rufino José Cuervo y don Marcelino Menéndez y Pelayo* (Editorial Centro, S. A., Bogotá, 1941, XVI, 301 pp.), editado bajo la escrupulosa dirección del doctor Víctor E. Caro, hijo de don Miguel Antonio, ahijado de don Rufino José, y autor de la *Introducción y Notas* que lo acompañan.

La lectura de este pulcro y discreto volumen causa la más viva y profunda emoción no sólo porque él viene a aclarar algunos puntos interesantísimos de historia literaria hispano-americana, sino porque hace ver a qué planos de belleza moral e intelectual pudieron llegar esos tres grandes obreros del Espíritu, a quienes inspiraban las más genuinas tradiciones de la Raza y el más hondo y acendrado amor a su lengua y su cultura.

Don Miguel Antonio, don Rufino José, don Marcelino... ¡Qué bien suenan unidos así sus nombres de pila, tan castizos, y qué limpias surgen de este *Epistolario* sus almas principescas, tan semejantes entre sí por su inteligencia, su dignidad, su valor, su sencillez, su laboriosidad, sus aficiones y esperanzas, y, por encima de todo, por su filial piedad, genuina e incorruptible. Sin leerlo, sabíase que ellos representan el verdadero patriotismo hispano, y el esfuerzo de erudición y de crítica literarias más sostenido y brillante del mundo español-peninsular y americano. Leyéndolo se sienten las fuerzas espirituales que los animaron hasta realizarse: la traducción de la *Eneida*, de Caro; el *Diccionario de Construcción y Régimen*, de Cuervo, y la *Antología de poetas hispanoamericanos*, de Menéndez y Pelayo.

Por el *Epistolario* se aprende la génesis y el proceso de elaboración de esas obras cumbres, y se comprende el ideal que guió a sus autores y que creó para ellos el ambiente favorable de comprensión y aprecio mutuos, y de cooperación honesta, desinteresada y leal, sin la cual dichas obras no habrían logrado quizás su desenvolvimiento.

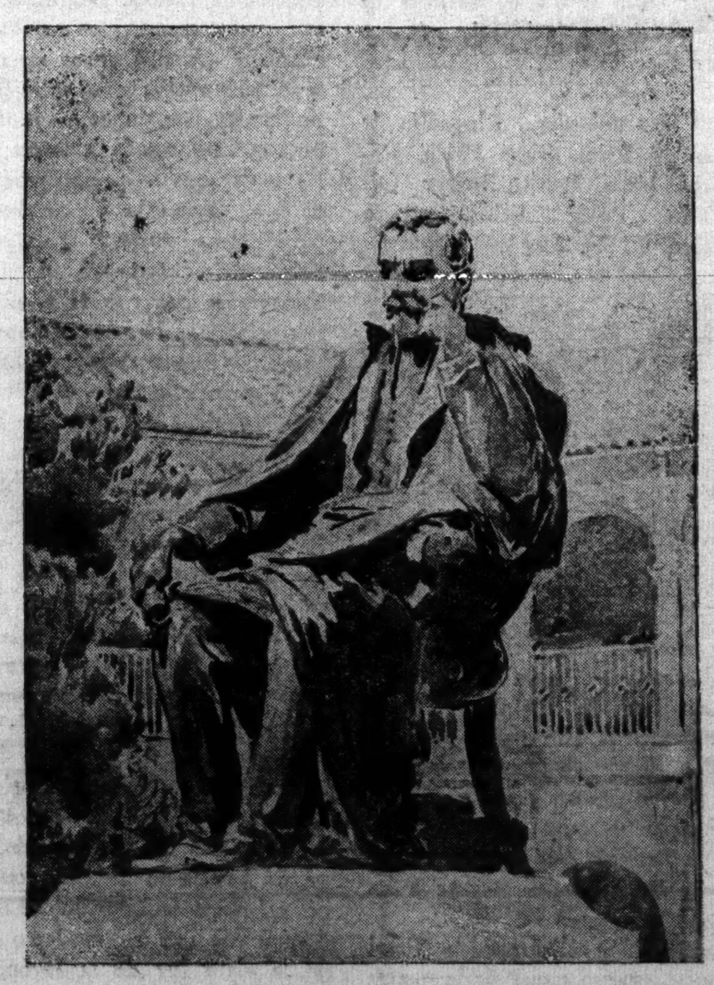
Radicados, uno en Bogotá, otro en París y el otro en Madrid, los insignes polígrafos vivieron juntos gracias al pensamiento que salva obstáculos y distancias y acerca los corazones buenos. Lo prueba el *Epistolario*, hermoso torneo de finezas y amabilidades, expresión conmovedora y edificante de una triple amistad que sólo cambia para elevarse, y que se deleita en consultas mutuas, en consejos, estímulos y felicitaciones, y aún en reparos y críticas francas, autorizadas, sinceras e independientes, que se aceptan o rechazan con amor y con respeto.

Caro y Cuervo

No ha habido, entre dos espíritus superiores—en Colombia, ni quizá en la América hispana,—un afecto tan noble, íntimo y cordial como el que unió a don Miguel Antonio Caro (1843-1909) y don Rufino José Cuervo (1844-1911). Descendientes de ilustres familias españolas, nacidos casi a un tiempo y en el mismo barrio de Bogotá, los dos fueron amigos desde la infancia hasta la muerte. Se educaron juntos, y siguieron análogas disciplinas en su juventud. A los diez y ocho años, Caro comenzó su versión de la *Eneida* de Virgilio, que más tarde habría de tener Menéndez y Pelayo "por la más bella que poseemos en castellano"; a los diez y ocho años, Cuervo recogía los materiales para sus *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano* que, al publicarse en 1872, llamaron inmediatamente la atención y merecieron el aplauso de grandes filólogos europeos—como Potts y Dozy—y que ejercieron y siguen ejerciendo tan saludable influjo en el habla de los hispanoamericanos; y antes de cumplir los veintiún años, Caro y Cuervo publicaron su *Gramática Latina*, calificada de "magistral" por la Real Academia Española, y no superada por nadie todavía. Poco tiempo después se separaron Caro y Cuervo, pero siguieron cooperando sin cesar.

Don Rufino José—modesto, cristalino y amigo de la quietud y del retiro—tenía muchas facultades que concentró, con beneplácito de Caro, en el cultivo esmeradísimo de la lengua castellana, su novia de siempre. Cuando fué a Europa en 1878, dominaba ya los idiomas clásicos, y además el árabe y el sánscrito, y había hecho suya, en sus aspectos científicos y técnicos, la filología comparada que organizaron los maestros alemanes. A Europa fué don Rufino en busca de relaciones personales, directas, con los maestros de la filología, por una parte, y por otra, en busca de libros que adquirir y consultar fácilmente, y también de tranquilidad para continuar sus estudios. Viejó fué por Inglaterra, Holanda, Dinamarca, Noruega, Suecia, Rusia, Austria, Alemania, Suiza y Francia, y en 1882 se estableció definitivamente en París donde murió después de treinta años de fecundas labores que sólo se interrumpían en las altas horas de la noche y primeras de la madrugada, y de cuando en cuando si el sabio se daba un mes de vacaciones veraniegas, que consideraba "necesaria higiene física y mental", y que pasaba en el campo. En Europa mantenía Cuervo correspondencia epistolar científica con los latinistas Riblek, Benoist y Bond, con Mahn, Pott, Madrig, Sundby, Morel-Fatio, Gaston Paris, Forster, Schuchardt—su más grande amigo entre los europeos,—Teza, Menéndez y Pelayo, y otros humanistas y filólogos, y muy especialmente con don Miguel Antonio Caro. Así preparó las *Notas a la Gramática de Bello*, que la aumentaron en una tercera parte y que, según Cejador y Frauca, "valen el doble que ella, con valer ella tanto"; los *Artículos filológicos y críticos*, las *Disquisiciones filológicas*, y su inconcluso *Diccionario de Construcción y Régimen*, obra audaz y suprema de la filología castellana.

Miguel Antonio—poeta, crítico, orador y polemista temible, legislador y latinista de primer orden— no fué a Europa ni a ninguna parte, pues pasó toda la vida en Bogotá y sus alrededores, sin alejarse de ella más de dos leguas en ninguna dirección... Pero allí escribió varios volúmenes de poesías originales—de las cuales las intituladas *A la estatua del Libertador* y *Canto al silencio* son obras capitales de la poesía española de todos los tiempos—; tradujo con admirable maestría a Catulo, Lucrecio, Propercio, Pseudo Galo, Ovidio, Horacio y Virgilio, entre los clásicos latinos, y a Manzoni y Byron entre los modernos; dió a la publicidad muchísimos artículos doctrinarios, de penetrante lucidez, sobre cuestiones ético-sociales y teológicas; preparó insuperados ensayos de crítica literaria y estudios de erudición, discursos y documentos públicos, y contribuyó a formar la nación colombiana, infundiéndole un Ideal y dándole, entre otras cosas, una Constitución Política (1886) que nadie ha querido ni pretendido cambiar en sus bases ni en su estructura esenciales, y que ha hecho de Colombia un país de libertad y orden, ejemplar y casi único en Hispanoamérica. Todo eso hizo don Miguel Antonio, gran ciudadano, orgullo de la raza, sin olvidarse de sus grandes amigos—don Rufino José y don Marcelino—ni de sus obras, que ellos acometían bajo su

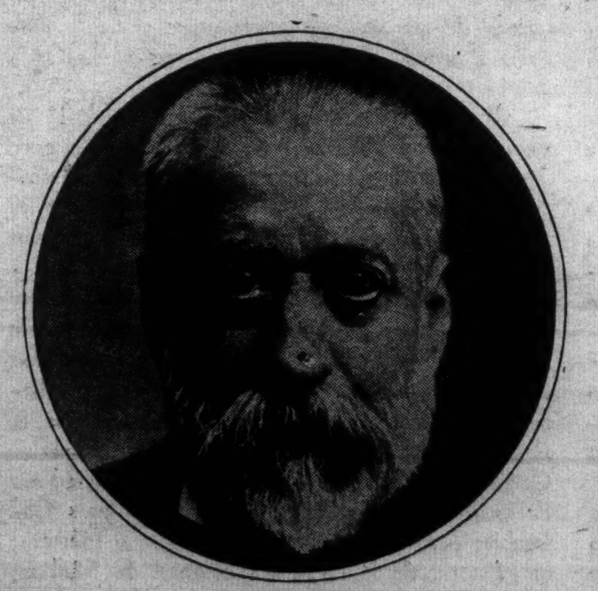


Miguel Antonio Caro

[En el boceto de la estatua]

inspiración y elaboraban en gran parte gracias al acicate amoroso de su estímulo.

La correspondencia entre Caro y Cuervo—primera parte del *Epistolario*, páginas 1 a 178—comienza cuando éste sale de Bogotá (1878) y termina poco antes de morir Caro (1909), cuando le envió el pésame por la muerte de doña Ana Narváez, esposa de Caro y "encanto y fuerza de su vida". Son setenta y ocho cartas, sencillas, cariñosas, delicadas, y llenas de interés histórico, aunque no fueron escritas para la historia. En las suyas, don Rufino le da cuenta a su amigo de sus viajes y observaciones; del desconcierto que experimenta ante la inmensidad de cosas que quisiera estudiar en Europa, sin tener tiempo para ello; de su vida privada y sus achaques de salud, minada por el reumatismo; de sus dificultades y desilusiones; de los temores que abriga en cuanto a la publicación de las *Muestras* de su *Diccionario*, pues ha comprendido que "es una imprudencia echar uno al público de su pueblo esas hojas"... que "todos quieren juzgar, y dicen mil sandeces los que no entienden, que son los más"; le manifiesta que un representante de la editorial parisiense de Garnier Hnos. "ha tenido el atrevimiento de amenazarlo con publicar", sin el permiso debido, una edición del primer tomo del *Diccionario* "porque no había convención ninguna sobre propiedad literaria"; le cita cartas que ha recibido de Morel-Fatio y de Gastón Paris, que admiran su obra, y otra de Forster en que lo anima a que "sea para España lo que Litré ha sido para Francia", y le comenta el hecho de que en la Península—excepción hecha de Menéndez y Pelayo—"la gente letrada no sabe apreciar lo que vale" el *Diccionario de Construcción y Régimen*. Además, Cuervo le contesta las consultas técnicas a su amigo, y le envía libros y copias de libros que le permiten perfeccionar la versión de la *Eneida* y los estudios de crítica, de erudición y de polémica que preparaba. Y como Caro le enviara a don Rufino José los manuscritos de sus obras, para que los hiciese publicar en Europa, Cuervo le manifiesta que hará todo lo posible porque se impriman en París, aunque los libreros de allá son rapaces, y los editores—Garnier, Roca y Bouret—creen hacerles un honor a los autores hispanoamericanos al publicarles sus obras, si éstos pagan la impresión y les ceden a aquéllos la propiedad literaria que puedan explotar a perpetuidad!... Y con todo, a esos editores va don Rufino, porque "es sabido, por más que duela confesarlo, que el público de nosotros los americanos está en América y no en España por más que los españoles nos hagan mil carantoñas, encaminadas más que a otra cosa, a que les compremos sus vinos y sus aceitunas". (1)



Menéndez Pelayo

Por su parte, Caro, al darles respuesta puntual a todas sus cartas, trata siempre de dirigir y animar a Cuervo, pidiéndole que se apresure lentamente en sus estudios, que abandone los que no se relacionen directamente con la filología, y animándole a que se concentre por entero en el *Diccionario*—esa obra en que, "por ser de usted, me gozo tanto o más que si fuese gloria mía".— Y como "penas comunicadas son aliviadas", don Miguel Antonio le da cuenta de sus achaques de salud—reumatismo, zumbidos de oído y mal estado de la vista; le dice (en 1879) que tiene ya en su despacho una máquina de escribir, "invento útil y curioso" que todavía no podía "manejar con perfección" y que le va a servir de mucho al aliviar su miopía; y en 1892 le manifiesta que fué elegido Vicepresidente de Colombia, Encargado del Poder Ejecutivo—"la cosa más contraria a (su) carácter y a (sus) hábitos. Pero Dios lo quiso y El dará fuerzas". Lo que más se nota en las cartas de Caro a Cuervo es su invencible deseo de ayudarle en todo lo relacionado con el *Diccionario*: le anuncia que de la primera *Muestra* vendió él, Caro, diez ejemplares a los letrados de Bogotá; que por su esfuerzo la asamblea del Departamento de Cundinamarca reconoció su alto valor científico y votó una suma para la compra oficial de cincuenta ejemplares; le envía datos, comentarios, voces de estímulo y de aplauso. Metido en el agitado mar de la política colombiana de entonces, Caro le dice a su amigo que persevere en sus labores, ya que, "en estas materias filológicas, como en todo, *es preciso que usted crezca y yo mengüe*", (2) para gloria de Colombia.

Así era la amistad que unía a don Miguel Antonio y don Rufino José.

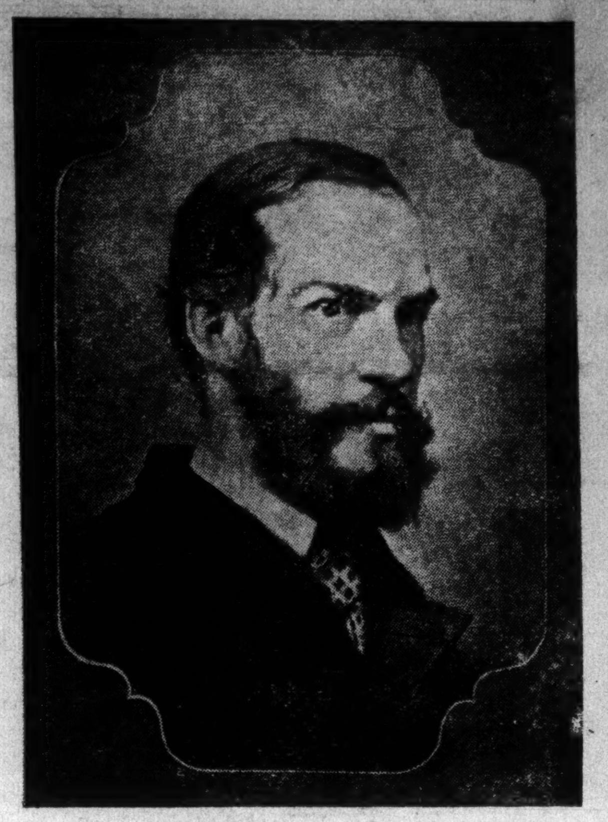
Caro y Menéndez Pelayo

Al conocerse en los cenáculos literarios de Bogotá—allá por el año de 1877—los primeros trabajos de Menéndez y Pelayo, le escribió don Miguel Antonio Caro a su amigo madrileño, don Manuel Tamayo y Baus, preguntándole quién era, y éste respondió:

"Don Marcelino Menéndez y Pelayo es un verdadero portento. Tendrá ahora veinte y dos años y acaso no haya habido nunca hombre de tanto saber. Escribe en latín y en griego como en su propia lengua, y no hay libro antiguo ni moderno que no conozca y del cual no pueda decir de memoria páginas enteras. Es poeta, historiador, crítico, teólogo, filósofo, etc. A los veintiún años ganó por oposición una cátedra de la Universidad de Madrid."

¡Qué gusto debió de experimentar don Miguel Antonio al leer esta carta y ver, en el ardido paladín peninsular, un joven *alter ego* capaz de continuar, abrillantar y universalizar la obra que él mismo realizaba y quería realizar, en toda su amplitud, en la remota y andina Bogotá!...

No perdió tiempo don Miguel Antonio. Le escribió al joven santanderino—que era trece años menos que él—y le envió algunas obras su-



Rufino José Cuervo

yas en momentos en que se hallaba éste preparando una bibliografía crítica de traductores castellanos de poetas griegos y latinos. Así comenzó la correspondencia epistolar entre los dos polígrafos cuya amistad había de ser tan fecunda y duradera, como era de esperarse en dos espíritus gemelos y dignos uno del otro selalado Contiene esta parte del *Epistolario* sólo treinta y ocho cartas de las muchas que se escribieron, y que comenzaron con el "Muy señor mío de mi mayor respeto", para terminar con el "Carísimo amigo", en un admirable crescendo de mutua estimación, cariño y respeto.

En la primera carta de don Marcelino para don Miguel Antonio—27 de julio de 1878—le dice que ha leído sus poesías, que lo confirman en la idea de que Caro era "versificador clásico, delicado poeta y conocedor insigne de nuestra lengua" castellana; le manifiesta su simpatía, y al darle cuenta de la *Bibliografía Crítica de Traductores* que venía preparando "desde hace tiempo", le hace una feliz confesión, tan honrada como lisonjera y fructuosa: "*Me lisonjeo con la esperanza de que usted me comunicará algunos nuevos datos sobre intérpretes hispanoamericanos de clásicos griegos y latinos. Ya sabe usted el aislamiento literario en que hasta ahora (y por desgracia) hemos vivido los españoles de uno y otro hemisferio*".

Esta carta es importantísima en la historia literaria de España y de América, y mucho más lo es la respuesta que a ella dió don Miguel Antonio el 4 de diciembre de 1878, por sus consecuencias, como puede verse en los párrafos significativos que citaremos gustosísimos. Le dice don Miguel Antonio:

"Cuando en la *Revista Europea* vi los últimos artículos de la erudita y meditada obra de usted, *Horacio en España y Portugal, sentí mucho que usted por falta de datos no se extendiese a la América Española, cuya historia literaria es parte íntegramente de la de España.* Entonces envié a usted unas muestras de algunas publicaciones mías, *como para despertar su curiosidad, y estimularla a ensanchar el campo de sus investigaciones.* Sobremanera me complace ver cómo concuerdan mis aficiones con las de usted. *Siempre he deseado que persona competente emprendiese* puntualmente la obra que usted me anuncia que está ordenando—una bibliografía crítica de tra-

(1) Parece que no han cambiado las cosas... Si esto lo decía Cuervo en 1890, nosotros diremos ahora: en 1939—"Primer año de la Victoria"—les ofrecimos a García Rico y Cía., libreros de Madrid, nuestra *Antología de líricos colombianos*, con la esperanza de que se vendiesen en España siquiera unos dos ejemplares, y nos contestaron que no, y que a la España moderna sólo le interesaban la economía y la sociología... "que no la poesía, y mucho menos la de América"! Para la muestra basta un botón.

(2) Aquí todos los subrayados son nuestros.

ductores.— Es materia que merece separarse del cuerpo de la historia literaria de la nación, porque así lo piden su peculiar carácter y los conocimientos especiales que se requieren para tratarla bien. Ticknor acumuló curiosos datos bibliográficos, pero le faltó crítica"... "Pellicer en su biblioteca de traductores trató un plan vasto que no acertó a desempeñar"... "En reducidísima escala, y sólo en lo tocante a determinado autor latino (Virgilio) "yo tengo en borrador un trabajo análogo"... que consiste "en un catálogo de todas las traducciones castellanas del poeta"...

"*Lamentable es la incomunicación literaria en que viven los pueblos que componen la familia española.* La Península es en este particular, y con razón, la menos desfavorecida. De libros españoles se surten en abundancia nuestras librerías; en todas nuestras capitales hallan ellos natural y fácil mercado, y *muchos escritores peninsulares contemporáneos cuentan numerosos y apasionados lectores en el pueblo americano.* Nuestra producción literaria, entre tanto, no se ha regularizado, y *nuestros escritores, aún los más distinguidos, son poco o nada conocidos en España. Pero aun todavía se conocen y tratan menos, entre sí, los americanos de estas repúblicas*"...

"Digo a usted esto"... "*a fin de estimularle a incorporar en esa obra* (Traductores...) *la parte americana, ya que no le es a usted más difícil que a cualquier americano recoger datos para esta parte de nuestra historia literaria*".

Con respeto y discreción echa Caro la simiente..., y para que crezca mejor, le sugiere a don Marcelino que se ponga en correspondencia con Joaquín García Icazbalceta y el obispo Montes de Oca, mexicanos; con José Milla y Vidaurre, guatemalteco; con Cecilio Acosta y Arístides Rojas, venezolanos; con Juan León Mera, Pablo Herrera y Pedro Fermín Cevallos, ecuatorianos; con Pedro Paz Soldán y Unanue, peruano; con Crescendo Errázuris, chileno, y con Vicente Fidel López, argentino. Cuántos de estos nombres *vería* por primera vez, en 1879, don Marcelino!... Y eran todos latinistas, amigos de Caro, y algunos de mucho saber y gran valor como letrados. Don Miguel Antonio veía a Hispanoamérica en conjunto, y quería que don Marcelino se relacionase inmediatamente con los espíritus más altos del continente. Caro invita a Menéndez y Pelayo a que colabore en la publicación de *El Repertorio Colombiano*—la mejor revista literaria hispanoamericana de la época,—le ofrece "40 duros y diez colecciones" de ella por sus correspondencias, y sabiendo que es muy exigua esa remuneración, le garantiza que si colabora, ello "granjearía a su nombre extensa reputación por estas tierras" hispanoamericanas. Además le envía datos y apuntes para la *Bibliografía de Traductores*, autorizándolo para de ellos haga "*el uso que a bien tenga sin necesidad de mencionarlo*".

Como Caro y Menéndez y Pelayo—aunque con el sombrero en la mano—se hablaban de señor a señor, éste le responde agradeciéndole sus consejos, los datos que le envía, y los libros, y se entusiasmo ante el prospecto de una mayor cooperación entre la intelectualidad española y la americana, en épocas en que no había relaciones diplomáticas entre la "Madre" y sus "hijas" ultramarinas, España y sus antiguas colonias; acepta la corresponsalía de *El Repertorio Colombiano*, y envía, en 1879, su primera colaboración. "*Lamentable es*—dice—*la incomunicación en que vivimos, y a toda costa es necesario que cese. Apenas se ve aquí (España) un libro americano, como no sea de los impresos en París. ¿Por qué no piensan esas repúblicas en hacer tratados de propiedades literaria en España? Todos ganaríamos mucho en el cambio*".

La simiente en buen surco echada por don Miguel Antonio comenzaba a germinar... Cartas van y vienen entre los dos. Caro sigue enviándonos libros, revistas, apuntes, datos, y sigue estimulando la curiosidad intelectual del español, y avivando su patriotismo universalista. En Julio de 1879, le agradece don Marcelino el envío de la *Métrica* de Bello, "desconocida" en España (¡aún cuarenta y cuatro años después de publicada en Chile!) y que a él le parece de veras un "libro de oro"; el envío de los *Sentimientos espirituales* de Sor Francisca J. de la Concepción—colombiana, 1671-1742—que Carele hizo copiar, y que a su amigo le parece libro "de nuestro siglo de oro"; le suplica que le envíe "cuantas correcciones y adiciones"... "se le ocurran" a su *Bibliografía de Traductores*, y que "*continúe abriendo a (sus) ojos ese mundo literario americano, que es para (los españoles) tierra incógnita*"; y a su turno le envía a Caro datos curiosos relacionados con la *Eneida* de Virgilio, que el colombiano traducía y anotaba con sin par maestría.

Más tarde, en 1881, Menéndez y Pelayo, persuadido de que la Academia Española debía publicar las obras de don Andrés Bello, le dice al bogotano: "Una sola vez y de pasada vi el *Orlando* de Bello, que es desconocido en estas regiones. Y a propósito de Bello ¿qué cosa son sus *opúsculos*, que veo citados en varias partes? ¿Donde y cómo se han impreso? ¿Está en ellos el estudio sobre el poema del Cid?"

No sabe uno de qué asombrarse más, si del noble candor de don Marcelino, o de la ignorancia en que en España andaban, aún sus más insignes hispanistas, de las labores científico-literarias de los hispano-americanos.

Caro satisfizo la curiosidad de su amigo, enviándole sus propios trabajos de crítica de Bello y de su obra, y con ellos los *opúsculos* y las *Silvas* de su maestro.

En julio de 1882, le dice don Marcelino: "*Cada día siento más la necesidad de conocer en todos sus pormenores la literatura americana.* Ya, gracias a Dios, terminó la fatigosa labor de los *Heterodoxos*. Ahora nada hago, sino descansar y leer, y así pasaré algunos meses. *Pero siempre me bulle en la cabeza el pensamiento de comenzar a trabajar seria y detenidamente en la historia de la literatura española*", que, "tal como la entiendo, debe abarcar, a manera de introducción, la literatura hispano-latina y las dos literaturas semíticas cultivadas en la península ibérica antes del nacimiento de las lenguas vulgares, y luego seguir en su desarrollo a las tres lenguas literarias de la península, así en el mundo antiguo como en el nuevo"... "Quiero hacer un libro que sea a la vez conciso y nutrido, libro en que domine el espíritu estético sobre el histórico, y que sin mengua del rigor científico, pueda ser de general lectura"... "*En la parte americana cuento desde luego, con la colaboración de usted. Es preciso incorporarla de una vez en el cuerpo general de nuestra historia literaria*, y ya Ticknor pensaba en ello, aunque desistió por escasez de datos. Los míos van siendo bastantes, *pero a todo trance necesito completarlos, con ayuda de mis amigos americanos, y acudo ante todo a usted, de cuya buena amistad tantas y tantas pruebas he recibido*".

Don Miguel Antonio le contesta, el 1º de noviembre de 1882:... "Me ha llenado de gozo y entusiasmo la noticia de la obra que usted proyecta, y *reclamo la gloria de haberle indicado yo a usted hace algún tiempo la idea de historiar en un sólo cuerpo la literatura española, peninsular y americana*"...

El bogotano pasa luego a indicarle y enviarle *las guías* que han de servirle "para entrar con luz en el laberinto" de la "desigual e incoherente producción literaria" hispanoamericana: la *Reseña* de Agüeros y la bibliografía mexicana de García Icazbalceta, para lo de México; la *Historia de la literatura* de Vergara y Vergara, para Colombia; para el Ecuador, las de Mera y Herrera; la Historia de la literatura colonial de Medina, para Chile; el *Diccionario* de Mendiburo, para el Perú, etc. Convencido Caro de que en el siglo

xix la literatura hispanoamericana se reducía "a algunas individualidades eminentes", y de que su historia "no admite encadenamiento filosófico ni clasificaciones de escuelas nativas", le recomienda a su amigo que no gaste el tiempo "en esclarecer esterilidades que no merecen estudio", y que tome "los nombres culminantes como centros de investigación biográfica y crítica". Luego le aconseja el plan que ha de seguir, y aun la forma de presentación de los materiales componentes—bocetos biográficos, críticos, notas, etc. —y aun el estilo: "*Bueno será un término medio entre discurso a la francesa y párrafo de erudición alemana. Usted por fortuna sabe realizar este temperamento*".

El lector de esta carta se animaría a decir que Caro se aprestaba a escribir él la historia de la literatura hispanoamericana por medio de un amigo peninsular... Temeroso de que no le quede a éste tiempo ni vida para realizar el plan general que le trazara, Caro comenta:

"El plan es vastísimo, quizá demasiado vasto. La introducción, que hace abrazar las literaturas que se desenvolvieron en la península antes de la castellana, ha de ser, a mi juicio, muy rápida; y la literatura portuguesa y catalana vendrían mejor como *parte segunda* de la historia que como ramas de la exposición. Yo preguntaré a usted ante todo el concepto en que ha de escribir la unidad de la obra. ¿El de territorialidad? *Paréceme algo material, y excluye la literatura americana separándola de la española, océano dissociabili.* El de la unidad de lenguaje, *libri unius?* En este caso, *la literatura española se identifica con la castellana;* lo semítico queda excluído; allégase a ella lo latino, por su valor genealógico o colateral, pero siempre con carácter accesorio; *y el asunto principal y dominante será la lengua castellana, en su progresivo desenvolvimiento, florecencia y conquistas lejanas*"... "No son éstas, objeciones al plan que usted se ha propuesto, *sino deseos de que literatura castellana merezca principalmente la atención del hombre llamado a escribir su historia*".

Como puede verse, la simiente que en buen surco echara años antes don Miguel Antonio, es ya planta de crecimiento tan vigoroso que él—como buen hortelano—tenía que podar, para que no se fuera en vicio y sí diese buen fruto de permanente valor. Así termina su carta, después de hacerle muchas observaciones a otra obra en que se hallaba ocupado el laboriosísimo santanderino: "Quiero que todo lo que salga de su pluma de usted esté a la altura de su gloria, *que no es suya toda, sino de la Iglesia, de su patria y nuestra. Dios es paciente porque es eterno; de esa serenidad divina deben participar los inmortales. No imagine usted que tengo la audacia de echarle un sermón; lo que deseo es mostrarle el interés que me inspira cuanto usted piensa y escribe*".

¡Bien podaba el hortelano!

Don Marcelino se conmovió al leer esa carta y especialmente al leer su última parte, "nutrida de verdadera poesía, e inspirada por los más nobles afectos de patria y de raza"... Tan hondamente lo impresionó Caro, que Menéndez y Pelayo pudo exclamar: "*Son ustedes hispani hispaniores y buena falta hace que de esa España andina venga algún soplo vital que nos refresque y vigorice el espíritu nacional, harto apagado y marchito*".

Cartas van y cartas vienen. En febrero de 1884, don Marcelino le da las gracias a su amigo por "no haber cesado de favorecerlo"... "en ningún correo con documentos literarios interesantes", a menudo lleno de anotaciones de erudición y de crítica, y en octubre de 1884 le dice, entre otras cosas:

"En cuanto a la *Historia de la literatura,* he decidido empezar por el medio, es decir, por la época de los Reyes Católicos, en que Amador de los Ríos suspendió su trabajo, y continuarla hasta nuestros días, sin perjuicio de volver atrás, si Dios me da vida, y rehacer la parte de la Edad Media, con una vasta introducción que abarque el desarrollo literario latino y semítico anterior a las lenguas vulgares. Pero como la Edad Media... ha sido hasta ahora lo más estudiado de nuestra literatura... no veo perjuicio en dejarla para el fin y *atender* entre tanto *a la época clásica y a la moderna, que son las más desatendidas*".

¡Bien podaba el hortelano!

Convencido don Marcelino de que, a pesar de su memoria prodigiosa y su gran consagración y a pesar de la ayuda que recibía, le sería físicamente imposible realizar su plan original, en parte aceptó los consejos de Caro, proponiéndose dividir la historia "en géneros primero, la poesía lírica, luego la épica, así popular como erudita, la novela, el teatro, la historia, la oratoria, la prosa didáctica"...

Vinieron así a la vida la *Antología de poetas líricos castellanos,* el *Tratado de los romances viejos,* las *Obras de Lope de Vega,* los *Orígenes de la novela*—de interés enorme para todos los hispanistas—y la *Antología de poetas hispanoamericanos* (1893-1895), obra básica de los estudios de literatura hispanoamericana, de grande interés para los eruditos de aquende el mar, obra que tantos "hispanistas" conocen apenas por los forros, y que, en sus aspectos esenciales todos citan y ninguno mejora ni aumenta...

La *Antología de poetas hispanoamericanos*—que sólo comprende a los coloniales y a los "clásicos" y románticos muertos antes de 1890—es una obra que se realizó gracias a los desinteresados y diligentes esfuerzos de don Miguel Antonio Caro, en primer lugar, pues fué el quien la inició, quien le suministró libros, informes, apuntes y datos a don Marcelino, utilizando para ello todos los materiales que tenía, y *movilizando* a los más notables críticos y letrados de América —García Icazbalceta, Acosta, Medina, Mera, Herrera, Amunátegui, Montes de Oca, García Merou, Rojas, Paz Soldán, etc.—urgiéndoles para que enviasen a Madrid cuanto pudiesen; y en segundo lugar, al esfuerzo unificador y ordenador de Menéndez y Pelayo.

Con suma modestia filial, dice en la Introducción del *Epistolario* el doctor Víctor E. Caro, que en la *Antología* han quedado como "columnas de granito, esos estudios espléndidos que la acompañan", y que "quizás no estemos equivocados al apuntar que en algunos de esos juicios, como los consagrados a Olmedo y José Eusebio Caro, se descubre el reflejo de algunas ideas del hijo de éste último". Nosotros preferimos afirmar que esos estudios, y los que Menéndez y Pelayo les dedica a Bello, a Julio Arboleda y a otros más repiten los que había emitido y publicado don Miguel Antonio antes de 1890, y no sólo en la parte biográfica y bibliográfica, sino en la crítica, lo cual indica cuán grande era la confianza que don Marcelino le tenía a su amigo don Miguel Antonio.

La *Antología* es un hermoso y edificante ejemplo de verdadera cooperación hispanoamericana, posible cuando los obreros son espíritus cimeros, idealistas y patriotas de verdad, como Caro y Menéndez y Pelayo.

University of Washington.
Seattle, Washington.



Tout homme a droit qu' on le combatte loyalement—Peguy.

He prestado mis cuadros al Instituto de Cultura Americana, *ubicado en los Salones de* Radio Universal, *por el propósito estrictamente cultural que asiste a sus animadores. Nuestra América, se debilita por falta de más sincera cooperación entre el mundo artístico, y por medir los valores según la extensión territorial de los países. Nos preocupamos demasiado por la vida íntima de las personas, despreciando sus obras, probablemente, con el fin de desalentar a unas gentes que de suyo, llevar por la Vida una carga harto pesada. Al medirnos con países que no pierden su tiempo en rencillas locales, nuestra obra resulta reducida y falta de esencia. Creo que mi trabajo, bueno o malo, no tiene por qué estar sujeto a ninguna exigencia circunstancial. El respeto y cariño que tengo por Cuba, en donde recibo gran hospitalidad, me inclinan a exhibir de nuevo, mi humilde trabajo, sin miras de clasificación social.*

Max Jiménez.

Catálogo

1 Ileana
2 Desesperanza
3 Crepúsculo Marino
4 Hambre bajo el sol
5 Después del Ciclón
6 Pescadores en Cojímar
8 Ventana de La Habana vieja
8 Espera en el Ariguanabo
9 Vendedor de Naranjas
10 Tierra y Cielo
11 Ni Cristo ni Changó
12 Mirando las Comparsas
13 Negrita que va al baile
14 Tierra cocida

Exhibición del 7 al 21 de mayo de 1943 en el *Instituto de Cultura Americana.* Prado 159. La Habana.

Poemas

(En el *Rep. Amer.*)

Cuerpos en la sombra

Raíces ciegas. mis manos buscan
tu cuerpo en la sombra.
Sombra viva e insondable,
en la cual yace tu cuerpo como un grito.

Invitación a la piedad, no a la garra,
tu piel oculta, rizada de temores y de ansias—
piel de lago bajo la luna.

Tibia, ya ardiente cercanía de rosas henchidas
en la hondura de la sombra.
Alga dócil, llave del mar, ancho, salobre y libre.
Crispadura náufraga en la vastedad solitaria del Misterio.
¿De la Muerte? ¿De la Vida?
Ensueño fúlgido.

Latitud 42

Mar de gritos, mar, mar que cae en hondos y pesados tumbos.
Mar errante, sin rutas, ni destino,
en un perenne destrozarse a solas!
Soledad vasta, sin orillas
en el espacio ni en el tiempo!
Mi corazón en el silencio oceánico
y en el tumulto!

Ola en pos de la erguida espuma
que al morir corre:
así el ansia mía tras de tí,
para salvarnos de la nada,
del frío de la orilla.
¡Mar turbulento, mar!

Agonía del alma y de la carne.
Tu voz cruzada con la mía,
y tu piel robadora,
sin fin unidos,
con una sed salobre de vencer a la vida y a la muerte.

Mar tempestuoso y solitario,
estatua de mi angustia.
A mi angustia de ser tu juventud atada.
Sorbo de victoria acre.
La Eternidad sus alas pasa.
¡Mar de gritos, mar plúmbeo, mar henchido!

Manuel Crespo.
(Ecuatoriano)

Yo no hablaré

(En el *Rep. Amer.*)

Cuántas veces, reunidos al acaso
en torno de la mesa y los licores,
a las pálidas luces del ocaso,
con ternura y dolor, se habla de amores.

Cuántas veces las copas se entrechocan
al brindar por un nombre femenino
y en los cristales que los labios tocan
se siente un beso en el sabor del vino.

Cuántas veces así te he recordado,
sumido en mi tristeza y silencioso,
mientras los otros hablan a mi lado
de su vivir, platónico o fogoso.

Hay quien se queja de falsía y engaño;
quien maldice a la suerte y al destino;
quien reprocha a la amada que, en su daño,
violó su votos y torció el camino.

Hay quien habla de amores satisfechos
en los labios de todas las mujeres;
quien da datos exactos, cuenta hechos
y hace gala de vanos pareceres.

Hay quien habla de fe, tímidamente,
con rubor y con pena en la mirada;
quien ha amado muy pura y castamente
sin acercarse a la mujer amada.

Sólo yo permanezco silencioso
porque no tengo más que tu recuerdo
y, ya que es para mí lo más precioso,
temo que si hablo de él también lo pierdo.

Sólo yo he de callar. Inútilmente
me preguntan los otros por mi vida;
en mi vida estás tú y calladamente
he de guardar tu imagen escondida.

Sólo yo bebo silenciosamente
en mi copa de ausencia y amargura;
nadie habrá de saber qué hay en mi mente
y abrir mi corazón sería locura.

Yo no hablaré. Puedes estar segura.
Nadie sabrá lo que hubo entre nosotros
y así ahogaré en licor esa aventura
mientras oigo los cuentos de los otros.

Román Jugo.

Costa Rica, setiembre del 43.

Es la partida

(En el *Rep. Amer.*)

En el abandono, el viento.
El hilo del aire entre los árboles.
Las largas avenidas al mar,
a los puertos negros de humo.

Si se partiera un grano de arena,
se encontraría entre sus venas
un mar pequeño de peces ciegos
y un cielo oscuro de tormenta.

En la calle del puerto.
Los pasos sobre las olas que llegan.
Todo es un partir en la vela
de la barca pesquera que se aleja
y el adiós en la cubierta gris
del barco de carga,
(es un barco noruego)...

En los marinos el mar,
la tristeza de las olas,
el amor como la espuma frágil.

Bajo sus pies, la bodega sostenida
en el agua. Las maderas y las
frutas del trópico.

Hay una gran soledad poblando
este mundo que se mueve con el sol
y la noche estrellada.

Las calles van al mar, los hombres
van al mar.

Quedan los senos deshabitados.
Los cuerpos solos en la arena.
La casa del hombre vacía sobre la tierra.

Este paisaje de humo y soledad
está escondido en el grano de arena.
Nada detiene la mano del agua
que lentamente cirsunda el cuerpo de la playa.

Es un constante partir,
un alejarse de todo, una huída.

II

Una huida lenta en el silencio.
Es la partida.
Respira la playa húmeda de ruidos
y se aquietan los pasos.

Ahora es que la playa vive.
De nuevo es la arena su amante
y en la espuma acaricia su corazón
de peces ciegos.

Ya partieron los barcos
y el mar vuelve a la playa
a dejar lentamente el caracol
rescatado de las olas.

III

Este mar de violetas y de almendros
te recuerda.

Te lleva hasta la isla del amor
en el lejano horizonte,
donde el agua es ya cielo,
nube errante, celaje y estrella
que navega.

Espera el amanecer. El despertar
de pájaros sonoros en los árboles.
La palabra, la voz que se levanta
llamándote desde la flor lejana.

Mi voz que desde el agua,
desde el puerto intranquilo en la partida
te llama.

IV

Vuelve el mar a la playa
en el barco de carga,
es un barco noruego de maderos
y frutas tropicales.

Arturo Echeverría Loría.

Costa Rica, setiembre del 43.

El P. Harris, el P. Huc y el Diablo

Por **Víctor Lorz.**

(En el *Rep. Amer.*)

Hablo del Cojuelo. El más travieso de los diablos; el que destapando casas en Madrid ponía a la vista de don Cleofás los secretos poco elegantes de sus moradores. Ahora el Cojuelo se valió de dos hombres de iglesia para destapar secretos que, en opinión de las gentes pías, siempre deberían estar tapados. Harris y Huc son sus nombres. Ambos ministros de Dios, (que dicen), y por carambola, por chiripa, ministros inocentes del diablo. En lenguaje evangélico: dos piedras de escándalo para las gentes temerosas de Dios y sencillas. Con lo que se demostraría cómo un hombre puede ser, a un mismo tiempo, santo y pecador; y tener ambos gracias a la vez: la gracia de Dios juntamente con la del diablo. El P. Harris destapó el año 1937 el techo de la Rusia atea. El P. Huc destapó hace un siglo el techo del *techo del mundo*, el misterioso Tibet, para revelar al mundo los secretos de Lasa.

—o—

L. T. Harris, yanqui él, clérigo él, fué por el año 37 a la Rusia atea con la idea preconcebida de verlo todo allí de color *rojo*, (que era entonces el color *malo*), a fin de poner después a los *rojos* de verde y azul en la prensa negra y amarilla de su país.

Harris quería ver bestialidad, infelicidad, inmoralismo, salvajismo, corrupción, prostitución, degradación, abominación, y sobre todo, comunismo sexual organizado a la perfección por turnos rigurosos. A este fin viajó ancha y libremente, viéndolo todo y viviendo con todos, con la pupila bien abierta, a todo lo largo y ancho de la perversa U. R. S. S. Porque era una verdad casi de fe (según la prensa negra) y un aforismo inconcluso (según la amarilla), que en la patria del ateísmo comunista, todo tenía que ser malo y hasta peor... Sino que el buen Harris, al final de su viaje de estudio, hubo de publicar con escándalo de los píos que en la Rusia atea, todo era bueno y hasta mejor. Mejor que en las nacionas cristianas. ¡Buenas y gordas!

Cosas veredes, mío Cid,
que harán fablar las piedras.

Y Harris fabló, aunque no era piedra. Y dijo en sustancia esto, que tiene muchísima sustancia.

"Que los rusos no eran bestiales, ni desdichados, ni inmorales. Que en la cuestión moral, un oficial del papa (como era él) hallaba mucho que admirar en la U. R. S. S. Que prácticamente, no había prostitución. Que las relaciones sexuales eran decentes y sanas. Que los matrimonios eran tempranos. Que los hijos eran bienvenidos. Que la palabra "pecado" no existía en el diccionario ruso. Que la misma "idea de pecado" se había esfumado de la conciencia rusa. Que la bondad, la humanidad y la decencia inherentes a la condición humana, habían llegado en Rusia a un nivel superior al de las naciones cristianas. Que el comunismo era el credo (la religión) que creaba *precisamente* los hombres que él describía. Que el reto que el comunismo lanzaba al catolicismo, no era un reto de inmoralidad sino de ética. Que los católicos debían admitir este hecho honradamente. Que el recuerdo de la honradez y de la intrínseca bondad natural de hombres y mujeres que él había tratado, significaba más para él, que el recuerdo de los templos vacíos que había visto. Y que los rusos eran *hombres sin Dios... y buenos.*"

Esto y más dijo Harris. Lo que dejó de decir es, si tan imprudentes declaraciones no le trajeron alguna santa reprimenda en las alturas... Y lo que nosotros le diríamos es, que, en los buenos tiempos, eso le hubiera traído el ser tostado concienzudamente, mientras le cantaban un gran miserere en fabordón. ¡Un clerigo había deshecho la leyenda negra sobre Rusia! De nada le habían servido las gafas *negras* que él se llevó para verlo todo del color *malo*, de moda entonces. El diablo que todo lo enreda, se las había escamoteado cambiándoselas hábilmente por las del doctor Panglós. que son *verdes*, del color de la esperanza que lo hace ver todo bueno. Por esta vez, el Cojuelo había prestado un buen servicio a la buena causa. El diablo se servía de un clérigo en obsequio de la verdad. Algo es algo. No todo había de ser destapar techos y más techos en las casas de Madrid para exponer a los honrados vecinos de la villa y corte, a las perversas cuchufletas de don Cleofás...

Conque ¿todo iba bien en la Rusia atea, y aun mejor que en las naciones cristianas? Conque ¿los rusos eran hombres sin Dios y bue-

nos? Conque ¿se puede ser ateo y hombre de bien? ¡Gracias, presbítero!

Y no es que nosotros no lo supiéramos. Muchas veces habíamos dicho y escrito que, la *hombría de bien* está más vinculada a la incredulidad que a la fe. El hombre escéptico es más honesto y más recto que el creyente. Generalmente, la religión sólo es la cortina de humo para ocultar lo inconfesable. El hombre de fe obedece a un mandato *objetivo*, exterior. Y el hombre sin fe, se atiene a un imperativo *subjetivo*, interior. Y lo que está *dentro de nosotros*, siempre vale más que lo que está *fuera de nosotros*. ¿Habrá necesidad de demostrar que lo *objetivo* sólo actúa por medio y en función de lo *subjetivo?*

El hombre incrédulo tendrá siempre sobre el creyente la ventaja de ser más instruído. Porque, no se es incrédulo *porque sí*. No es incrédulo el que quiera serlo. La incredulidad es hija de la superioridad mental. Y esta superioridad mental; esta mayor capacidad para conocer la verdad; esta aptitud para ver más y ver mejor, serían inexplicables si no se tradujeran en la práctica (que es el terreno de la filosofía moral) por un equivalente de superioridad moral; por una mayor capacidad ética; por una mayor aptitud para obrar mejor. La auténtica domesticación del hombre, sólo puede operarse por la vía interior. Y es la filosofía, la lámpara que alumbra estos procesos ocultos. Cuando falta la filosofía, esa luz interior que es también fuerza interior, entonces sólo hay un sustituto: el código. Siempre es hora de revelarse contra esa pretensión de las religiones de acaparar la moral. ¡Como si en la historia de las religiones no hubiera siempre algo que parece estar puesto al revés, algo que camina a la zurda: la moral religiosa!.

—o—

Y vamos ahora con el P. Huc. Este lazarista francés fué enviado el año 1839 a las misiones de China. Poseído de noble curiosidad, quiso destapar el misterio del budismo. Esto suponía llegar a Lasa, capital y vaticano de esa religión antiquísima. Pero Lasa estaba en el Tibet. Y el Tibet es el país más horrendo y espantoso del globo. Está formado por unos dos millones de kilómetros cuadrados de páramos y montañas, colgados a una altura que oscila entre los cuatro mil y los ocho mil metros sobre el mar. ¡Buen paraíso para las águilas! ¡Malo para un viaje de novios!

Como si esto fuera poco, está defendido al oeste y sur por un dragón: la tremebunda barrera del Himalaya con sus cientos de picos eternamente nevados; y al este y norte por un pandemonium de desiertos, montañas y ríos que harían poner los pelos de punta a cualquiera que no fuera tibetano. Y como si esto no fuera bastante, el gobierno teocrático del Tibet destacaba por todos los rumbos guardias armados para atrapar al infeliz que se aventurara por los vericuetos de aquella desolación. Era entonces el Tibet la *tierra prohibida*. Sus vías de acceso sólo estaban libres para los peregrinos que, de todos los ángulos del imperio acudían a Lasa a besarle los zapatos al *Dalai Lama*, llevándose como premio un poco de sus sagrados excrementos que, reducidos a polvo, servirían infaliblamente para curar todas las dolencias. Millares de blancos esqueletos que relucían al sol de las grandes alturas, marcaban el paso de las caravanas y anunciaban a los devotos la maldición que pesa sobre tan horribles lugares. El P. Huc sabía esto pero quiso correr la borrasca. Previos dieciocho meses de intenso estudio en Macao, se aprestó a la aventura. Disfrazado de peregrino, con la piel teñida, los bigotes caídos y su buena trenza, llegó a Pekín y se adentró después en la Mongolia. Cinco años más tarde, él y su socio Gabet perfectamente camuflados, iniciaban el tremendo viaje a la Meca del budismo, concluyéndolo al cabo de dos años de peligros y sufrimientos inenarrables. Expulsado al fin de China, regresó a Europa Huc en 1853. Pero había penetrado en el *sancta Sanctorum* del búdismo. Y aunque éste no fuera precisamente el *Jardín de las Hespérides*, y aunque el clérigo no fuera tampoco Hércules ni ladrón, había robado las *manzanas de* oro del secreto, llevándoselas a Europa, a pesar de todos los dragones, bajo su manga de fraile. Huc volcó todo lo que sabía en un libro, dando autenticidad y verdad a las revelaciones hechas por otros viajeros antiguos, sobre la identidad entre catolicismo y budismo. El siguiente es el resumen de lo fundamental que copio casi a la letra.

"El budismo es una jerarquía religiosa en la que el *Dalai Lama* (sumo pontífice) que vive en el Tachilumpo (Vaticano) de Lasa (Roma) está asistido por jerarquías de lamas menores (cardenales, obispos, curas, monjes) con mitra, con tonsura, dalmáticas e incensarios; con catedrales y clero reunido en coro; con conventos de monjes y monjas que hacen votos de pobreza, castidad y obediencia; con ornamentos de iglesia y relicarios de ángeles y santos; con imágenes, pinturas y misales iluminados; con servicio divino del que es calco la misa; con antífonas, cánticos, rogativas, letanías y credos rezados; con procesiones y ritos místicos y teúrgicos; con ofertorios y adoración del pan sobre un altar iluminado con velas; con cáliz en que vive el oficiante; con oraciones por los muertos; con ayunos, confesiones y purgatorio, etc. etc. etc."

Todo esto y más fué revelado al mundo por Huc con grandes detalles y pruebas. El mismo había quedado perplejo ante lo visto. Pregunta peliaguda; ¿quién había copiado a quién? Huc, varón frío y de una fe robusta, encontró una respuesta inefable: *el diablo que es tan gran bachiller, y que conoce hasta el futuro, se anticipó al cristianismo revelando a Buda, hace dos mil quinientos años, el orden divino que Cristo había de estatuir.*

Esto hizo reír a los sabios. Habían pasado los días del hermano Angel y de fray Juan el Simple. Ya, ni siquiera la *fanciulla* romana se aplicaba devotamente al vientre la *Vida de Santa Margarita* cuando iba a parir. Y el *credo quia absurdum* de Agustín, yacía herrumbrado, como un cachivache viejo, en los desvanes de la teología y del disparate. Era el siglo xix, el del vapor y de la crítica. Y del cardenal Antonelli ministro de Estado; reaccionario con Gregorio XVI y liberal con Pío IX; es decir, equilibrista, posibilista, contradictorio y con sus puntas de ateo. Y era también el reinado de Pío IX, el *infalible* en canuto.

Y no era cosa de estropear antes de salir del horno, las dos tortas trascendentales que se estaban cociendo a fuego lento: la *Infalibilidad* y el *Syllabus*. La iglesia bramó (es natural) ante las revelaciones y la explicación religiosa de Huc. Pero era mejor callar. Con una palada de *sombra* y otra de *silencio* se enterró la torta lazarista.

Siempre al *buen callar* tan objetivo y tan práctico se le llamó Sancho. Pero el P. Huc sí que quedó estropeado. Había servido a dos señores y esto no es bueno. Había servido a Dios porque había servido a la verdad. Y había servido al diablo, porque había hecho reír a los sabios a costa de los santos. Pero no había tomado precauciones contra Dios y su libro fué prohibido. Y al mismo tiempo, tampoco había tomado precauciones contra el diablo, y el diablo lo castigó: Huc no fué condecorado; Huc fué ásperamente reprendido; Huc no fué enviado jamás a ninguna misión de la China ni de las Batuecas, a hacer llorar a los santos a costa de los sabios. La iglesia de Huc se puso de parte de Dios en contra del diablo. Hizo mal. La iglesia vive del diablo quizás más que de Dios. Y ella lo sabe... aunque no quiera decirlo.

Nota. Los datos sobre Harris están tomados de la revista *Ultra*, sep. 1937. Los datos sobre Huc, del magnífico libro *Jesucristo nunca ha* vez del libro del inglés Andrew Dickson White, *Historia de la lucha entre la Ciencia y la Teología*, cap. XX, párr. V. Yo no conozco este último libro; pero sí conozco el del gran explorador sueco Sven Hedin, *En el corazón del Asia*, de la edición que existe en la biblioteca del Liceo de Costa Rica, donde en la página 268 se hace mención del P. Huc. El sabio sueco que entró a su célebre viaje por el Mar Caspio y siguió en gran parte el curso del río Tarim de oeste a este, hizo luego una conversión de 90º (noventa grados) y en línea más o menos recta bajó a Calcuta cruzando el Tibet y visitando a Lasa. Las aventuras que *existido* de Emilio Bossi, el que los toma a su pasó en su viaje, llegan a causar congoja. Ellas son comparables a las que nos cuenta de sí mismo en *Naufragios y Comentarios* Alvar Núñez Cabeza de Vaca, quien, hace más de cuatro siglos, en nueve años de marchas a pie, entre salvajes, y fieras, inerme, hambriento y desnudo, cruzó el sur de los EE. UU., de este a oeste, desde La Florida hasta el recién conquistado México, en una memorable marcha de más de diez mil millas o veinte mil kilómetros. La mitad de la circunferencia terrestre. Casi nada.

Costa Rica, agosto del 43.

Carta de Ilya Ehrenburg a Pablo Neruda

(De *El Nacional*, México, D. F., 29 noviembre del 42).

Querido Pablo Neruda: Tú y yo nos encontramos en España ya perdida. Tú y yo nos despedimos en París a punto de caer. Hemos perdido mucho. Cuando nos despedimos, hablamos de lealtad, hemos conservado nuestra fe. Te quiero decir ahora, que una espantosa batalla se está librando en el suelo de Rusia, por nosotros, por ti, por París, por América, por nuestra amada España, por el hombre, por el arte, y por la vida. Te quiero decir además, que nosotros estamos peleando solos, contra una fuerza formidable que todas las naciones y todos los pueblos deben conocer,—la tempestad sobre el Volga—para unirse a nuestra lucha.

Tú has escrito sobre el terrible y sangriento acontecimiento de América. ¿Recuerdas el día fatal en que los barcos alemanes destruyeron aquella pacífica ciudad española, asesinando a los pescadores, a las mujeres, a los niños? En aquel entonces, eso fue algo nuevo para nosotros, y estábamos indignados. Ahora, no cabe la indignación. Ahora no se necesita sino una sola cosa: ¡luchar! Para nosotros. Almería fué una tragedia. Para los alemanes Almería fué un ensayo de maniobras militares.

Me dirijo a ti, Pablo Neruda, admirable poeta de la lejana América. Me dirijo a ti y a mis amigos, los escritores de México y de Chile, de Argentina y Brasil, de Uruguay y Cuba, de Venezuela y Ecuador. Me dirijo a la intelectualidad de la América Latina. Os quiero decir que en las montañas del Cáucaso estamos defendiendo a los Andes; que nosotros aquí, en Rusia, estamos luchando, no solamente por nuestra libertad, sino por la libertad del mundo; y que del resultado de estas batallas dependerá vuestro destino.

Vosotros tenéis sublimes tradiciones. Vuestra cultura no es una amalgama, sino una síntesis. Para los alemanes racistas, vosotros no sois sino seres de "media sangre". Para nosotros, en cambió, sois los protagonistas de una nueva y grande civilización, que marcha independiente. Nosotros reverenciamos el arte de la América precolombina. En toda Alemania no sería posible encontrar la riqueza, un arte tan elevado, como en cualquiera selva Americana donde sobreviven las reliquias de los incas y de los aztecas. Vosotros habéis heredado de la España inmortal los rasgos mejores, —el culto del hombre, la severa ternura, el orgullo humilde y la universalidad.

Un océano os separa de la Europa que sangra. Ese océano tiene olas que se levantan amenazadoras y olas también que pueden adormecer. Y son esas olas las que ahora os tienen adormecidos. Ojalá que cuando despertéis no sea ya demasiado tarde. El despertar de España fué así, demasiado tarde, el 18 de julio de 1936. París despertó también demasiado tarde, el 14 de junio de 1940. Las canciones de cuna pueden ser más terribles que las estridencias de las sirenas de alarma, que llenan las noches de Europa. No faltará quien os diga que nuestra batalla no tiene otro objeto que conservar para Rusia su derecho a mantener el sistema soviético. Otros objetarán que sólo servirá para que Rusia conserve su tierra y su petróleo. Seguramente algunos de vosotros miráis con indiferencia los nombres de ciudades exóticas que aparecen en los titulares de los periódicos. Vosotros no tenéis un sistema soviético. Vosotros estáis en posesión de vuestra tierra y de vuestro petróleo. ¿Qué significa entonces esta guerra para vosotros? No, desde luego una batalla para conservar a los rusos su sistema soviético. Tú sabes, Pablo Neruda, que no eran los radicales quienes gobernaban en Francia. Tú sabes que Giral y Azaña no eran comunistas. Tú sabes que Holanda tenía una Reina y Noruega un Rey. ¡No se trata únicamente de una batalla para guardar la tierra y el petróleo de Rusia, sino para salvaguardar algo más grande: el hombre!

La civilización alemana es una máquina. Los alemanes quieren encajonar al mundo dentro del molde nazista. Son masas de autómatas salvajes equipados con una técnica espléndida. Ellos hacen alarde de ser la raza escogida. Pretenden subyugar el mundo entero. Su sueño es que los pueblos de otras culturas —latinos, eslavos, anglosajones, pasen a ser esclavos de su sistema. Los alemanes reniegan del Renacimiento, del humanismo, de los enciclopedistas franceses del siglo xix. ¿Qué pueden hacer con Leonardo de Vinci y sus sutilezas? Sólo les interesa crear aviones Messerschmitts. ¿Para qué les servirían Cervantes, Quevedo, Góngora, Machado y García Lorca? Ellos cuentan con la filosofía de Rosenberg, con himnos guerreros y con miles de tanques.

No hace mucho, cuando algunas aldeas cercanas a Rzhev, fueron libertadas de los alemanes, vimos que algunos campesinos llevaban colgando del cuello rótulos de madera, que antes se usaban para ponerlos al ganado, y en los cuales estaban escritos el nombre, el pueblo y el número de cada persona. Todos los rusos que habitan en las regiones capturadas por los nazis deben usar rótulos como esos, colgados del cuello. Los alemanes quieren privar al hombre incluso de su nombre y convertirle en un número. Los alemanes tienen preparados esos rótulos para todos; también para los americanos. El océano no os salvará. Una sola cosa puede salvaros: ¡el valor! Despertad antes de que suene la alarma! Cuando la alarma ya haya sonado, será tarde para despertar.

En los campos de Rusia se libran ahora sangrientas batallas. Sin embargo, hay todavía quienes están adormecidos. Pablo Neruda, ¿te acuerdas de París poco antes de que se cumpliera su sentencia? Los franceses entonces sonreían con sorna: "¡Vaya una guerra!" Ahora ya no sonríen más. Vosotros tenéis sobre ellos la ventaja del océano. Pero los alemanes pueden atravesar ese océano. Si no los destruimos ahora, se desplazarán hacia el oeste. La Gran Bretaña será un campo más de experimentación. Y después de Inglaterra, vendrá América.

Querido Pablo Neruda, ¡tú conoces el olor de la muerte parda! ¡Diles a tus amigos, dile a tu pueblo, diles a todas las naciones de América, que la hora cero ha llegado! ¡Si América no se lanza ahora sobre Alemania, Alemania se lanzará sobre América!

Te estoy escribiendo estas líneas desde una Rusia desangrada y amarga. El dolor ha visitado nuestro país. Silenciosas están las madres que han perdido sus hijos; silenciosas también las mujeres que han perdido sus maridos; el silencio se extiende sobre las ruinas de las viejas ciudades de Kiev, Novgorov y Skov. Silenciosos están nuestros campos pisoteados. Silenciosas nuestras musas. Silenciosos nuestros niños. ¿Alcanzarás a oír este silencio? ¡Sólo las armas hablan! Si vosotros no os decidís a pelear en Europa, la guerra entonces llegará a América, a vuestras ciudades, a vuestros niños, Sé que sois valerosos soldados y os pido que os apuréis. Por los débiles no puedo sino sentir desprecio. Todavía ahora es tiempo de ganar la batalla y de vivir. Mañana, tal vez, nada quedará sobre la tierra, no para nosotros ni para vosotros.

¡Vencer o morir!

Comentario

(De *El Tiempo*. Bogotá)

Una vez más se ha dicho que la feria del libro es índice de nuestra cultura. ¡Pobre cultura! Tan pobre y raída y caótica como los libros que se venden en la feria.

Me preocupa hondamente la decadencia intelectual de Colombia, que perdió totalmente el puesto que antes ocupaba en América. Como lo insinué hace algunas semanas, el nombre de Colombia no figura, o figura en lugares muy secundarios, en todas las manifestaciones artísticas y literarias del continente. Ni novelistas, ni poetas, ni músicos, ni pintores. Y no es que no los tengamos. Los hay quizá en mayor número y mejores que en épocas pasadas. Pero falta el ambiente. Falta la facultad de trabajo. Falta el estímulo. Falta la camaradería. Hacia el 1880 llegó a Bogotá Miguel Cané, diplomático y literato argentino y recibió la más grata sorpresa al encontrarse en un medio eminentemente intelectual. Nuestros inmediatos antepasados escribían, menos bien que ahora, hacían versos, muchos de ellos malos, componían música, pintaban; pero no con el desgano actual sino con entusiasmo, con fe, con ansiedad creadora. Existían círculos literarios en los que si no se producía obra artística, se hablaba sólo del arte. Aquello daba por lo menos la ilusión de que algo grande se estaba gestando. Y así habría sido si guerras, falta de cooperación, envidia, vicio nacional el más arraigado y mal entendido modernismo, no hubieran malgastado aquellos entusiasmos magníficos. Miguel Cané redivivo habría hallado uno que otro poeta; pero ningún ambiente artístico. Ni reuniones, ni *peñas*, como no fuera la taurina, ni fe, ni esperanza, ni anhelos de gloria. Una intelectualidad huraña, individual, malhumorada, más interesada en criticar y odiar que en crear. Una generación que va a desaparecer sin dejar nada. O, mejor, dejando un suelo estéril para la producción artística en ninguno de sus órdenes.

Se vendieron dos centenares de volúmenes del libro de poesías de Barba Jacob. Tardío y ruin homenaje. Cuando el poeta vino a Bogotá, trayéndonos la limosna de su gloria, le abrumó la soledad; le venció la indiferencia; le exasperó la ausencia de iguales, con quiénes medirse y discutir. Y se fué para siempre. Artistas extranjeros, pintores, músicos, llegados con el anhelo de quedarse aquí, no han podido resistir la beocia circundante, o la pedantería de la dispersa casta intelectual. No hay aquí hogar para el poeta. No hay camaradería ni choque de conceptos ni calor de ideas. Sujetos aislados, envueltos en su talento como en una capa, de la cual no sacan ni las narices. Debe ser que a nuestros intelectuales les falta calcio, lo que según el profesor López de Mesa, produce irritabilidad y neurastenia. Lo malo es que no hay remedio para esta situación. Así somos ahora. Mañana seremos peores.

Calibán.

EDITOR:
J. García Monge.
TELEFONO 3754
CORREOS: LETRA X
En Costa Rica:
Suscrición mensual ₡ 2.00

Repertorio Americano

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública, no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás. — *José Martí.*

DOS TOMOS: $ 5.00
EXTERIOR:
Giro bancario sobre
Nueva York
UN TOMO: $ 3.00
oro am.

Lo de España está claro

(En el *Rep. Amer.*)



Conforme se aproxima el fin de la guerra—aunque ya se advierte que tardará todavía mucho—y conforme se nota que las llamadas democracias procurarán establecer, después de ella, regímenes autocráticos que con la democracia no tendrán nada que ver, importa buscar una estructuración de la República española para reconstruir nuestro país o para que quede de manifiesto que no le dejan reconstruir.

La posición de quienes, debiendo querernos bien, nos quieren mal, es hoy tan cómoda como insincera.

—¡Si no tienen Uds. con quien hablar! ¡Si no se entienden Uds. entre sí mismos! ¡Si no pueden Uds. construir nada! ¡Si había de establecerse la República y no habría en quién encarnarla!

Vamos por partes a ver si eso es cierto y si tenemos nosotros tantos elementos como el que más para hacer valer nuestra personalidad y nuestro derecho.

Programa.—Nadie le tiene mas definido y claro que nosotros: la Constitución de 1931. En eso estamos todos conformes. ¿Podrá reformarse? ¿Caben mejoras? Supongamos que sí. Pero esa es cuestión nuestra y cada cual aporta sus experiencias. En este momento, la Constitución nos une a todos. De fijo no habría nadie tan loco que detuviera un minuto la restauración de la República para mudar previamente y desde fuera de España, una sola tilde de nuestro Código fundamental.

Las Cortes.—El notable documento de D. Alvaro Pascual Leone ha probado a las claras que las Cortes están vivas y en pleno derecho para actuar extraterritorialmente, como actúan otros países invadidos. Y aún mucho mejor, porque de los demás actúan los Gobiernos y no los Parlamentos y en el nuestro podría el Parlamento actuar ante todo.

Los falangistas.—No habrían de ser convocados a las Cortes por la razón de que habiendo declarado la guerra a nuestra República y a todas sus instituciones, el partido es ilegal, delictivo y ha perdido todos sus derechos. Las democracias tienen obligación de aplaudirnos en esto, porque habiendo ellas puesto fuera de la ley al fascismo italiano (que hizo mucho menos que nuestro falangismo, puesto que no declaró la guerra a su propio país) tendrían que reconocer como la más lógica medida declarar fuera del Congreso al falangismo. Sobre que tampoco habría la menor eventualidad de que acudiese a las Cortes porque eso sería renegar del régimen político que en España tiene establecido.

Los monárquicos.—Este es otro cantar. Los que recordamos—al menos los que recuerdo yo—han actuado como falangistas mejor o peor disfrazados y como falangistas habría que tratarlos, es decir, excluyéndolos del llamamiento a las Cortes. Pero puede haber algunos, aunque no vienen a mi memoria, que no se hayan metido de modo alguno en la sublevación. Por ejemplo, el Conde de Romanones es un falangista como otro cualquiera, puesto que con Franco ha colaborado y está colaborando, mientras que el otro jefe liberal—que no era diputado.—D. Manuel García Prieto, no conspiró, no auxilió a los conspiradores. Se metió en un pueblo del mediodía de Francia y allí estuvo, aislado y pacífico, hasta que le sorprendió la muerte. Si quedan en las Cortes—que lo dudo—algunos de esta categoría, habría que convocarlos. Su idea no tiene encarnación viable porque eso del infante D. Juan es una miseria moral de la que no hay que hablar. Pero la idea es lícita y si quedan hombres de paz que quieran ir al Parlamento a defenderla, debe admitírseles. ¡Ojalá los hubiera! Su presencia en las Cortes daría en favor de la República una nota de serena imparcialidad que no nos vendría nada mal.

Los comunistas.—A algunos republicanos no les gustará su compañía, pero ninguno dudará que hay que llamarlos. Trajeron la República con nosotros, se batieron en la guerra como nosotros, se hallan exilados entre nosotros, fueron fusilados o apresados igual que nosotros, están popularmente elegidos como nosotros, tienen sus aspiraciones lo mismo que nosotros las nuestras... ¿Quién se atrevería a excluirlos del Parlamento? Allí tendrían sus sitios marcados. No tiene nada que ver la incompatibilidad de nuestras ideas. Los republicanos somos anti-comunistas. Los comunistas son anti-liberales. La pugna de los sistemas es irreprimible y a ello obedece nuestra posición antagónica; nunca a personalismos.

Habría que advertir la rectitud de nuestro proceder. Ellos no nos llamarían a nosotros porque son imperialistas, dictatoriales, autocráticos y responden a inspiraciones extranjeras. En Rusia nadie puede combatir el régimen de Stalin y en España ocurriría lo mismo si un día se estableciese el comunismo. Nosotros somos demócratas, hablamos con todo el mundo, admitimos todas las contradicciones, repudiamos los hechos criminales pero admitimos todas las ideas, aún las que más os desagraden. De modo que, por ser nosotros lo que somos, llamaríamos a los comunistas a nuestro seno parlamentario a pesar de ser ellos lo que son. En España combatiríamos, pero en el extranjero hemos de mantener unidos la misma aspiración política.

El Presidente.—No existe el Presidente de la República, por la prematura y dramática muerte de D. Manuel Azaña. La Constitución dice que, en tal caso, le sustituirá el Presidente de las Cortes. De manera que el actual Presidente interino de la República es D. Diego Martínez Barrio.

Dicen algunos que éste renunció al cargo en París y que no puede ocupar el puesto. Como yo no soy diputado, ignoro lo que pasó. Pero afirmo una cosa elemental y es que esto no ha pasado de las conversaciones particulares y de las mesas de los cafés. No es ahí donde se resuelven esas cosas. Hay que ir al Parlamento y plantear allí el problema. Si el Sr. Martínez Barrio quiere renunciar, que renuncie. Si los diputados le quieren echar, que le echen. Si todos prefieren que continúen las cosas como están, que continúen. Pero eso se ha de decidir en el Parlamento, nada más que en el Parlamento. Mientras éste no dé su voto, para mí—lo repito—el Presidente interino de la República será D. Diego Martínez Barrio.

El Gobierno.—Al reunirse extraterritorialmente las Cortes, en el banco azul tendría que haber un Gobierno. ¿Qué Gobierno sería ése? Tengo por indudable que el de D. Juan Negrín, pues ese era el que había cuando la República cayó. Pensar otra cosa es dar eficacia jurídica a los actos del general Franco. El Jefe del Estado o la mayoría parlamentaria podrán negarle su confianza y derribarle. Pero mientras ellos no lo hagan, el Gobierno de España, con sus vicios y sus virtudes, con sus heroísmos y sus flaquezas, con su sabiduría o con su ignorancia, es el que presidía D. Juan Negrín.

Otros organismos.—El Poder Judicial está encarnado en el Presidente del Tribunal Supremo, D. Mariano Gómez, por cierto, varón ejemplar. La Generalidad de Cataluña, infamemente fusilado su llorado Presidente Luis Companys, está encarnada según creo—no estoy muy seguro—en D. Carlos Pi y Suñer. El autónomo Gobierno vasco en su Presidente D. José Antonio Aguirre.

En conclusión, tenemos vivos y en pie todos los elementos del Poder: Parlamento, Jefe del Estado, Gobierno, Justicia y Regiones autónomas. Ningún pueblo en el destierro tiene otro tanto.

El extranjero.—Si exhibiésemos esta unión, tengo por cierto que nos reconocería Méjico, país al que debemos la gratitud de no haber querido reconocer a Franco. Si nos reconoce Méjico, es mas que posible que nos reconozca Uruguay. Igual actitud por parte de Cuba es harto verosímil. Y una vez logrado esto, probablemente seguirían idéntico camino Colombia y Costa Rica. Ya veríamos los demás países. Y si lográsemos ese movimiento de opinión, las democracias vacilarían un poco antes de seguir protegiendo a Franco.

Me he movido en el campo de la lógica. ¿Qué nos falta? Querer.

Angel Ossorio.

Buenos Aires, 27-VIII-1943.